

*HOMENAJES tributados a la memoria del señor Rector de la Universidad, don Andrés Bello.*

I.

Una verdadera e irreparable calamidad ha experimentado la Universidad de Chile con la muerte de su dignísimo Rector, acaecida a las seis de la mañana del domingo 15 de octubre de 1865. Mas, el entierro de su cadáver ha sido tambien digno del sabio eminente, a quien, no solo la mencionada corporacion, sino tambien un pueblo entero quería tributar los suntuosos honores fúnebres que solo se dispensan a los grandes servidores de la patria.

En la tarde del día 16 el cadáver del señor Bello estaba en el salon principal de la casa mortuoria, descubierto i reclinado sobre una lujosa urna. Numerosos grupos de jente se acercaban a aquel sitio para contemplar las hermosas facciones i la dulce tranquilidad de la fisonomía del ilustre finado.

A las seis de la tarde llegaron allí el cuerpo universitario, las comunidades relijiosas i los canónigos de la iglesia metropolitana. Pocos momentos despues se cantaron los rezos con que la iglesia pide a Dios por el alma de los muertos.

Terminados los cánticos, el cadáver fué sacado de la casa en hombros de los Miembros de la Universidad i de los hijos del señor Bello. Las comunidades relijiosas i los alumnos del Seminario ocupaban las veredas de la calle de la Catedral i daban paso al acompañamiento. El señor Ministro de Instruccion pública i el Consejo universitario, presidieron el duelo.

El cadáver fué depositado en la Catedral al oscurecerse. El templo estaba enlutado con fúnebres crespones, i alumbrado de un modo adecuado a aquella solemnidad. Despues de repetirse los cánticos de la iglesia, la concurrencia se retiró de aquel lugar.

En la mañana del día 17 se verificó el resto de la ceremonia. Desde las nueve, una numerosa concurrencia ocupaba la casa del señor Bello i todas las calles inmediatas. Algunos miles de estudiantes, ya de la Delegacion universitaria, ya del Instituto Nacional i de los

Colejios particulares, estaban distribuidos de dos en dos, formando así una columna que ocupaba varias cuadras.

A las diez, el cortejo, precedido por los señores Ministros del Interior, de Instrucción pública i de Hacienda, i por el Consejo de la Universidad, se dirijió a la Catedral. La concurrencia que acompañaba el cortejo era inmensa. Formaban parte de ella las comisiones de la Cámara de Diputados i del Senado.

En el templo tuvo lugar la misa de difuntos, celebrada por el señor canónigo Orrego, como Decano de la Facultad de Teología, con asistencia de todo el cabildo eclesiástico. Una numerosa compañía de cantores contribuyó a dar realce a la funcion. En la Catedral, además, se hallaban reunidas la Municipalidad de Santiago, los Tribunales de justicia i los oficiales de la guarnicion.

Terminada la misa, el cadáver fué depositado en un carro. Los caballos que debian tirar este carro fueron separados, i los jóvenes estudiantes ataron cordones para reemplazarlos. El convoi siguió en este órden hasta el cementerio. Los alumnos de los diversos colejios abrian la marcha, en seguida iban los Miembros de la Universidad i los numerosos amigos del señor Bello. Una escolta de caballeria cerraba el cortejo.

A las doce del dia llegó la comitiva al cementerio. Los Miembros del Consejo de la Universidad tomaron en sus brazos el féretro que contenia el cadáver, i lo llevaron hasta la sepultura que le estaba destinada. Hallábase ésta adornada de coronas i festones de flores, i rodeada de la inmensa concurrencia que habia acudido a aquel acto solemne. Al depositar el cadáver en la sepultura, i en medio de un silencio profundo, se pronunciaron los discursos siguientes:

El señor don Federico Errázuriz, Ministro de Instrucción pública, i por consiguiente vice-Patrono de la Universidad, dijo:

“Señores:—Nuestra reunion al deredor de esta tumba está manifestando por sí sola que no nos ha traído al lugar de los muertos uno de aquellos cortejos ordinarios en que se viene a dar el último adios al pariente o al amigo. No hemos venido a acompañar al guerrero que ha hecho su nombre glorioso en los campos de batalla. No venimos a depositar el cadáver del alto funcionario público que ha enaltecido el lustre de la patria. Nos reunimos en torno del que murió en la vida privada, del simple ciudadano. ¿Por qué, entónces, todas las autoridades i corporaciones del Estado, todos los hombres de ciencia, los maestros i los jóvenes, por qué los individuos de todas las clases se confunden en un mismo i solemne sentimiento? Porque el muerto es don Andrés

Bello, el ilustre literato, el eminente jurisconsulto, el hábil político, gloria de Chile, su patria adoptiva, gloria de América i gloria de todo el mundo, pues la patria de las ciencias no reconoce límites i abraza a la humanidad entera.

Chile tiene mil motivos para lamentar la pérdida irreparable del ilustre sábio que la muerte acaba de arrebatárle. Los mas preciosos adelantos que hemos obtenido en la via del progreso literario i científico, los adelantos de la intelijencia, se encuentran inseparablemente vinculados a su nombre. Padre i fundador de nuestra literatura nacional, ésta le es deudora del estado floreciente en que se encuentra. La ciencia del derecho le debe obras inmortales, textos de enseñanza inestimables, discípulos distinguidos i profundos, leyes sábias, i un monumento imperecedero de sabiduría i de jénio en la grande obra de nuestro Código civil. La política le es deudora de la direccion, durante una larga série de años, de nuestras Relaciones Exteriores, que siempre llevó con acierto, con brillo i dignidad. En él se inspiró constantemente nuestra elevada i noble diplomacia. El espíritu de don Andrés Bello ha vivido i vivirá siempre en la justicia de los propósitos, en la elevacion de miras i en la nobleza de sentimientos que hasta aquí han guiado a nuestros hombres públicos en el manejo de nuestros negocios con las naciones estranjeras.

Con la muerte, señores, parece la memoria de los hombres vulgares; pero la vida de los hombres ilustres no se estingue en el sepulcro. Ellos siguen viviendo en el recuerdo de las jeneraciones futuras, en la admiracion i gratitud de los que mas tarde vienen al mundo. Para don Andrés Bello se ha abierto esa nueva i gloriosa vida en la historia de nuestra literatura, de nuestra jurisprudencia i de nuestra política. La tierra le será lijera, porque si ella puede cubrir los pobres restos de la humanidad, no alcanza a sofocar las imperecederas glorias de los espíritus sublimes i de las intelijencias privilegiadas por Dios. Nuestra patria, llamada por la Providencia a altos destinos, recordará en la mas remota posteridad, en primera línea, con cariño i gratitud, el nombre de don Andrés Bello."

En seguida el señor Domeyko, como encargado por el Consejo de la Universidad, dijo:

"Señores:—Uaa gran desgracia ha caído sobre el mundo de Colon. Nuestro Rector querido, el sábio americano, jurisconsulto, poeta, filósofo, i eminente hombre de Estado, pasó a la eternidad para recibir de la mano de Dios el premio de su larga i laboriosa carrera.

Al borde de esta tumba sagrada, oprimido el corazon i enlutada el

alma, no es dado, señores, enumerar friamente los inmensos méritos i servicios de don Andrés Bello, que, si pudiéramos recordarlos todos, dudaria la razon que en una sola vida, un solo hombre pudiera saber tanto, hacer tanto i amar tanto.

Nacido al otro lado de nuestro continente, al rayar la gloriosa época de la independencia, sintió que su patria era mas vasta que el ardiente suelo de su cuna; que del centro de un mismo continente, dominado por los empinados Andes, corrian las mismas aguas por el Magdalena, el Orinoco i el Marañon, que las del Paraná, del Biobio i del Maipo, i se derramó su grande alma por toda la estension de este nuevo mundo, de esta jóven patria de los pueblos hermanos; se esforzó en cubrirla con su gloria, ilustrarla con su ciencia i en tenerla unida a su corazon.

El vió que esta tierra, virjen hasta entónces, no habia heredado ningun crimen, ninguna maldicion de los pueblos. Este gran continente, recién emancipado, no podia ser dividido en reinos i rivalidades como el antiguo; i comprendió que, sirviendo en su juventud la causa de la independencia, i en seguida, por cuarenta años a Chile, servia a un mismo tiempo a la patria de su nacimiento i a toda la América. Su gloria es pues eminentemente americana.

En efecto, señores ¿qué americano no admira el jénio, la penetracion i el vigor con que en tantas ocasiones la pluma de Bello ha defendido la dignidad i los intereses de Chile i de América? Quién no aprecia sus sabias obras de jurisprudencia i el Código civil que nos rije?

Autor de la nueva organizacion de nuestra Universidad, ha tenido la dicha de dirijirla por mas de 20 años; i en este tiempo ¡con cuanto ardor i con cuanta maestria ha velado por la reglamentacion de los diversos ramos de enseñanza, por el fomento de las letras i de las ciencias, por la pureza del idioma i por la moralidad de los estudios!

Partidario decidido de los estudios sérios i positivos, erudito en las bellezas de la literatura antigua, ha campeado en los diversos ramos de la ciencia, al propio tiempo que sus creaciones poéticas han sido el fruto de las inspiraciones mas bellas i felices. Severo para consigo mismo, ha sido indulgente para con los jóvenes estudiantes que iban a pedirle consejos i estímulo; i hasta los últimos dias de su vida, ya oprimido i agobiado por las dolencias, no dejaba de proseguir sus trabajos literarios con admirable ardor i animacion.

Pero, señores, yo no me creo digno, ni tengo la osadia de pronunciar el elogio del ilustre sábio: ni la hora ni esta mansion de los muer-

tos son aparentes para enzalzar al hombre. Séame permitido invocar un solo recuerdo en esta despedida que, a nombre del Consejo Universitario, me cabe la honra de hacer a su ilustre Rector i maestro.

El gran sábio, cuya muerte nos cubre de luto, ha sido un creyente, hijo sumiso de la Iglesia, fiel a la fé de sus padres. ¿Quién no se acuerda del venerable anciano, cuando ántes que la cruel enfermedad lo postrase en su silla, entraba, acompañado de sus dos queridos hijos, a ese mismo templo en donde acaban de resonar los cantos fúnebres por el reposo de su alma? Resplandecian en ese momento, en su hermosa frente, esa gran sabiduría i esa calma del hombre virtuoso que tan admirablemente se hermanaban con su humildad i el profundo sentimiento religioso que le subía del corazón.

“El gran deseo que me anima, me decía en la efusión de la amistad con que me honraba, es que la ciencia en América se halle siempre unida con la fé, inseparable de la fé, hija de la palabra de Dios.” Bello ha legado este pensamiento a la juventud chilena, estampándolo en su vida i en sus obras. El eminente sábio halló sus últimos consuelos en esta misma fuente divina, en que, durante su vida buscaba fuerza i razón.

Tengamos, pues, por tipo i modelo del sábio americano a don Andrés Bello; i por último adios a sus venerables restos, pronunciamos por su alma aquel ruego que espiró en sus labios con su último aliento i que él mismo había elejido para tema de una de sus mas hermosas poesías: *auditui meo dabis gaudium et letitiam et exultabunt ossa humiliata.*

El señor don Miguel Luis Amunátegui, como secretario jeneral de la Universidad, dijo:

Señores:—Un ataúd que encierra los restos mortales de un grande hombre es el mas elocuente de los oradores. Las tablas de ese cajón mortuario contienen el cadáver del primero de los poetas, el primero de los literatos, el primero de los jurisconsultos hispano-americanos. Esa fosa recién abierta, umbral de la eternidad, próxima a recibir tan noble despojo, conmueve mas el alma de lo que alcanzaria a hacerlo la mejor oracion fúnebre.

Desde la independencia hasta nuestros días, o mejor dicho, desde el descubrimiento hasta ahora la América española no ha producido entre los milloues de hombres que la han poblado i que la pueblan, ninguno que sea superior a don Andrés Bello por la claridad del injénio i la estension de los conocimientos. La naturaleza habia reunido en él una fantasía vigorosa i una ciencia profunda: era un poeta i un sábio.

La muerte acaba de tronchar ese árbol majestuoso que daba las flores mas vistosas i fragantes, al mismo tiempo que los frutos mas sazonados i esquisitos.

El nombre de don Andrés Bello es, no solo venezolano o chileno sino tambien americano; i no solo americano, sino tambien europeo: en alas de la fama habia pasado de un continente a otro. Su cuna está en Venezuela; su sepultura en Chile; su gloria, en toda comarca a donde han llegado las producciones de su privilejiado talento. Los libros de un escritor distinguido son, por decirlo así, la urna cineraria de su alma: ellos guardan i conservan las ideas i afectos del autor como un depósito precioso que una jeneracion lega a otra.

Los servicios que don Andrés Bello ha prestado a Chile son inmensos; ha trabajado para este pais desde los rudimentos que principian la educacion del niño hasta las leyes que reglan las mas importantes relaciones sociales, desde la cartilla hasta el Código civil.

Su influencia, completamente manifiesta, o mas o ménos oculta, se percibe en todas partes.

Ha sido juntamente el maestro de los jóvenes i el consejero de los gobiernos.

Su entendimiento perspicaz i sólido le habia destinado a desempeñar con brillo un cargo tan difícil, tan variado.

La mas admirable combinacion de facultades intelectuales habia formado de él un hombre práctico que creía en la ciencia, un pensador que tomaba en consideracion la realidad de los hechos.

Los libros no le habian convertido en un visionario; los negocios no le habian convertido en un empírico.

En todas las cosas, en los minuciosos estudios de la gramática, en los oscuros problemas de la erudicion, en las árduas materias de la filosofía, en las delicadas cuestiones de la lejislacion, sabia deducir de los hechos mismos las leyes a que conviene sujetarlos.

Su *Gramática*, sus investigaciones sobre el *Poema del Cid*, su tratado de *Filosofía*, su *Código Civil*, obras de las cuales cada una habria sido suficiente para asegurar la reputacion de un individuo, revelan en cada página esta rara union de la teoría i de la práctica.

Su *Gramática Castellana*, por ejemplo, ha sido basada en la autoridad de los escritores clásicos, pero sin desconocer el derecho popular de introducir innovaciones; i ha presentado, tanto una esposicion mas o ménos estensa de las reglas, como una esplicacion fundamental i filosófica de nuestra lengua.

El *Código Civil* es, no una simple coordinacion de lejislaciones

diversas, sino una habilísima adaptacion de ellas a los usos i costumbres del pais.

Don Andrés Bello aplicó este mismo porteñoso buen sentido, verdadero jénio de los estadistas, a la formacion de otra obra que, aun cuando se halla consignada, no en volúmenes, sino en los legajos de los archivos públicos, es tan magnífica i monumental como las mencionadas. Me refiero a la direccion de las Relaciones Exteriores de la República, que le estuvo encomendada por una larga série de años.

El ha sido uno de los que mas eficaz i activamente contribuyeron a la aceptacion de los principios de lealtad i de honor que Chile ha observado en sus tratos con las naciones extranjeras.

Siempre aconsejó el mayor respeto a los derechos ajenos, para poder tambien siempre exigir que se respetaran los nuestros.

Pensaba con sobrada razon que la dignidad era un bien a que, los pueblos pequeños particularmente, no debian renunciar jamás.

Se encontraba retirado de la sociedad, abatido por la vejez, moribundo, puede decirse, cuando el atentado de las Chinchas. Sin embargo, aquel suceso le reanimó al punto volviéndole su vigor de jóven, para advertir a Chile que ni por un día tolerara semejante afrenta, que, inferida a una nacion vecina i hermana, caía sobre la América entera. La última pieza oficial que redactó su venerable mano fué la protesta, aprobada el 8 de mayo de 1864 por el claustro pleno de la Universidad, contra el primer acto de una política vituperable a que no puede atribuirse otro móvil que una necia arrogancia o un deshonoroso propósito de pillaje.

Si la agravacion de sus dolencias le hubiera permitido contemplar al pueblo chileno levantándose como un solo hombre, sin exepciones, con olvido de todo i dispuesto a todo, para castigar el agravio de quien habia osado venir a ofenderle confiado solo en la impunidad de sus naves i en el alcance de sus cañones para atacarle desde lèjos; Bello se habria enorgullecido, esto i cierto, de la segunda patria que habia elejido.

A los servicios tan esclarecidos de don Andrés Bello ha correspondido la profunda gratitud de los chilenos. La manifestacion actual es el mayor de los homenajes que podiamos tributarle. En medio de las críticas circunstancias que atravesamos, cuando el insulto está todavia impune, la República ha dejado las tumultuosas agitaciones de la guerra para sepultar con maternal afan a un héroe de la paz, del estudio, del saber.

Señores, ántes de separarnos, dirijamos el último adios a nuestro

querido maestro que va a recibir el eterno i forzado hospedaje de la tumba; i elevemos por él esa plegaria que con tanta ternura pedía para despues de su muerte en una de sus composiciones mas sentidas. ¡Sobre el cementerio está el cielo!”

El señor don Manuel Antonio Tocornal, como miembro de la comision de la Cámara de Diputados, dijo poco mas o ménos lo que sigue:

“La palabra se me apaga en los labios al pronunciar el nombre de mi maestro i amigo, el señor don Andrés Bello.

Un pueblo entero se agrupa en este lugar para tributar sentidos homenajes a la memoria del sabio, del gran ciudadano que mereció bien de la patria que le vió nacer, i de su segunda i cara patria adoptiva a quien tanto amaba. Su memoria será tan impecedera como sus grandes obras.

Si pedimos a las ciencias i a las letras una inscripcion para grabarle sobre la tumba que acaba de abrirse, las ciencias i las letras nos responderán: *Tanto homini nullum par elogium* (1).

## II.

Ya están pues sepultados los restos del señor Bello, es decir, la envoltura mortal del pensador ha desaparecido, pero este vive en sus obras, i vive en la memoria de las jeneraciones que ha conducido por sí mismo o que ha preparado por medio de sus discípulos a la fuerte vida de la intelijencia en el arte i en la ciencia, en la adoracion de lo verdadero, lo bueno i lo bello.

El pensador que ha descendido a la tumba, rodeado de los homenajes oficiales i de los espontáneos homenajes de los nobles corazones i de las elevadas intelijencias, si no era un gran luchador era por lo menos un gran trabajador, era un gran maestro. No era el novador de las ideas audaces, no tenia ni la fé del apostol, ni el fuego del iniciador, ni la impetuosidad del jefe; pero tenia la cordura, i el buen sentido profundo i luminoso del mentor. Si su ciencia no heria a nadie ni a los hombres, ni a las pasiones, ni a las preocupaciones recibidas, si ponía empeño en vivir en paz contodo el mundo, lo ponía tambien no menos perseverante e infatigable en alumbrar a todos, en fortificar a todos: si no ha sido una intelijencia audaz, ha mecido la cuna de muchas audaces intelijencias.

Esto esplica la naturaleza de su influencia, i la unanimidad de sen-

(1) No hai elogio digno de tan grande hombre.

timientos que su muerte ha despertado en todos los campos, sin distincion de bandera ni de doctrina. Las tendencias mas opuestas han venido a confraternizar en la santa comunidad del mismo dolor al borde de su tumba, porque todos están de acuerdo en su admiracion por el poeta, por el filósofo, por el jurisconsulto, por el erudito, por el sabio, en fin.

Esto explica tambien cómo, siendo un pensador, muere en paz con los poderosos; cómo, pensador, no fué perseguido; cómo, pensador, no fué considerado hombre peligroso; i en fin, como pensador, ha llegado a los honores, a los empleos, ha sido Senador de la República i ha muerto como Rector de nuestra Universidad

Quando el señor Bello llegó a Chile estábamos en plena reaccion conservadora. Los fuertes eran los conservadores i los conservadores fueron los vencedores. Talvez esto influyó de una manera decidida en la tendencia que dió a sus estudios i en la actitud reservada que guardó. Los trabajos del señor Bello nos han dado la medida de su ciencia, de su intelijencia, i nos muestran al sabio pero no enteramente al hombre. ¡Quien sabe si sus obras inéditas nos darán la revelacion completa de esa cabeza bendecida!

No tienen en Chile todos los que lo quieren las audacias del pensador.

Pero, a pesar de todo, el señor Bello ha sido el jefe del movimiento literario de Chile. En este órden ha sido un revolucionario bajo las apariencias de un conservador. A él se debe que ese movimiento no se disipara en ensayos estériles. Nos dió el arte, nos hizo amar el arte que dirige i modela el granito majestuoso, pero casi siempre informe, de la inspiracion.

Sí; el señor Bello fué el hombre del arte por exelencia. De aquí que cuanto salia de su pluma era acabado.

Acabado fué su Código civil.

Acabado su Derecho internacional.

Acabada su Gramática de la lengua castellana.

El menor de sus trabajos era acabado. Su pluma no sabia hacer nada a medias, nada mediocre, no conocia sino lo bueno i lo completo.

Habia en él la feliz alianza de una gran perseverancia con una gran intelijencia. De aquí la variada profundidad de sus conocimientos. De aquí que haya podido ser hasta su último dia la personificacion de la intelijencia, de la ciencia i el arte en Chile. El hombre envejecia; pero el pensador, el literato, se conservaba siempre jóven; sus piernas ya no marchaban, pero su intelijencia seguia marchando todavía.

Así, puede decirse que la muerte le ha venido a interrumpir en medio de su trabajo. Pero en vano habría aguardado para llegar que aquella inteligencia se hubiera rendido. Habría esperado inútilmente. Era fuerza apagarla para que dejara de pensar, de trabajar, de marchar sedienta de ciencia i de curiosidad.

### III.

La juventud, por su parte, ha querido tambien honrar la memoria del señor Bello con la publicacion de las siguientes composiciones, dos en verso i una en prosa. Hélas aquí:

CANTO FÚNEBRE A LA MEMORIA DE DON ANDRÉS BELLO POR UN JÓVEN  
CHILENO.

Cúbrase el cielo de enlutadas nubes,  
Del sol oscureciendo los reflejos;  
Marchitense las flores  
I el ambiente jimiendo allá a lo léjos,  
No murmure su cántico de amores!  
Deténgase la fuente pasajera,  
I en vez de los acentos  
Con que arrulla a la flor de su ribera,  
Llene el aire de fúnebres lamentos  
Enmudezcan las aves, i los vientos  
Arrastren a las tierras mas lejanas  
El clamor funeral de las campanas

¡La América doliente  
Se sienta al borde de una tumba fria,  
E inclinada la frente,  
Vierte sobre su losa  
Lágrimas de dolor i de agonía! . . . . .  
¿Quién duerme en esta tumba? . . . el aura inquieta  
Volando caprichosa,  
Dice en voz funeral: "allí reposa  
El sabio sin igual, el gran poeta  
Que con su nombre abrigó la historia,  
Que nos dió su saber, nos dió su gloria."

¡Ah! para siempre en el mortuorio lecho  
El jénio se durmió! La patria mia  
Exhala de su pecho  
Ayes dolientes de pesar i angustia,  
Que, al sentir la agonía,  
La flor de nuestra gloria  
Al suelo se dobló marchita i mústia  
A confundirse con la innoble escoria!

Sí, mi patria ¡jora  
Porque pierde a su hijo mas querido;  
Que no es solo chileno  
El que en Chile ha nacido,  
Sino el que es grande, jeneroso i bueno!

¡El jénio ya no existe! Rasgó el velo  
De la materia cruel que lo oprimía  
I radiante de gloria i de alegría,  
Tendió sus alas al remoto cielo.

Los ángeles abrieron  
Las puertas de ese templo majestuoso  
I con palmas de triunfo recibieron  
De la ciencia i virtud al gran coloso;  
I el Todopoderoso,  
Mirándolo clemente,  
La mano le tendió con alegría  
I colocó en su frente  
El laurel de la santa poesía!

Vedlo! allí está! La mano de la gloria  
Sostiene su cabeza!  
Ese es solo un despojo, una memoria.  
Que nos dejó de su inmortal grandeza!  
Ved su frente, do ayer resplandecía  
Poderoso i audaz el pensamiento.  
Hoi pálida i sombría,  
Se reclina en el mármol macilento!  
Su espíritu sediento  
Sondeaba los arcanos  
Profundos de la ciencia.

I pudo al fin, con su certera mano,  
El velo levantar de la existencia;  
Sondeó el secreto de la vida humana,  
I lleno de experiencia,  
Con recto juicio i con piedad cristiana,  
Nos dió su bello ejemplo  
Para llevarnos de la gloria al templo.

Fué grande; mas la suerte  
Siempre lo hirió con su furor tirano,  
I hoi lo arrebató, venerable anciano,  
Para hundirlo en el seno de la muerte!

¡El jénio ya no existe! ¡Que entretanto,  
El hombre duerma en paz, i el ángel santo  
Tienda sobre él sus alas silencioso,  
I en lánguido reposo,  
Eternamente unido  
Al sabio i al poeta, el hombre duerma  
Allí, en la tumba del eterno olvido!!

A LA MEMORIA DE DON ANDRÉS BELLO POR DON EDUARDO DE LA  
BARRA.

Cóndor audaz del Andes de la ciencia,  
Tú, que el primero desde la alta cumbre  
Del sol de la verdad la clara lumbre  
Pudiste contemplar: tú, que su esencia

Fuiste a beber en la divina fuente,  
 Cuando el pujante vuelo  
 Vigoroso tendías,  
 Al tenebroso suelo  
 Sin un rayo de luz nunca volvías!  
 Pero tu hora ha sonado  
 ¡ para no volver te has sublimado.

El péndulo inflexible que la aurora  
 ¡ el crepúsculo marca, la existencia  
 Con pavoroso empeño lento mina;  
 ¡ segundo a segundo ¡ hora a hora  
 Mide los siglos, ¡ en confusa ruina  
 Siglos ¡ pueblos hunde  
 Mundos ¡ edades sin cesar hasina.  
 El, tu envoltura frágil ha quebrado  
 ¡ en tanto que la nueva se difunde  
 ¡ que tu ausencia el Continente llora,  
 Tu alma, en recompensa, será ahora  
 Tal vez de replandores inundada  
 ¡ en sublimes misterios iniciada.

La América del Sur, que en tí respeta  
 Al gran lejislador ¡ al gran poeta,  
 En el altar sin mancha de su gloria  
 Sus mejores laureles  
 Consagrará afanosa a tu memoria.  
 ¡ ora en paz, ora en guerra  
 Siempre a tus obras pedirá consejo,  
 ¡ ahora que el rujir del leon hispano  
 Levanta el valle ¡ la quebrada sierra  
 Irá el poeta, a quien lo grande inspira,  
 A inspirarse en los cantos de tu lira,  
 ¡ en tus altos preceptos de justicia  
 El tribuno ¡ el noble ciudadano.

Chimborazo del jénio americano,  
 Coloso audaz que hasta los cielos subes  
 Con noble atrevimiento,  
 A perder tu cabeza entre las nubes,  
 Bajo tu cana frente,  
 Siempre fecundo ¡ varonil ¡ ardiente  
 Se ajitaba algun grande pensamiento,  
 Que, cual lava candente,  
 En penachos de luz se levantaba  
 ¡ al mundo la verdad le revelaba.

¡ en tu lengua carrera provechosa,  
 Marañon majestuoso, que tus hondas  
 Lento rodabas hácia el mar eterno  
 Desde tu cuna a tu distante fosa,  
 Siempre fecundo, tu corriente pura  
 Levantaba a su paso, gigantescas  
 Virjenes selvas, caprichosos templos  
 Con cúpulas movibles de verdura,  
 En donde el alma se recoge ¡ ora  
 ¡ al Arquitecto universal adora.

Tu gloria de ultra-tumba  
Magnífica hoy empieza,  
Gloria envidiable, cual ninguna gloria,  
Porque la voz de justiciera fama  
Primer sabio de América te aclama  
I coronas consagra a tu memoria,  
Que bien merece un templo  
Quien de tantas virtudes dió el ejemplo.

I sin embargo, tu preclaro nombre,  
Tu grandeza ¿qué son?—Un breve punto  
En la noche sin límites del tiempo.  
Al borde de este abismo venga el hombre  
I su nada contemple  
I el vano orgullo temple.

Ante el débil despojo  
De lo que grande ha sido,  
Por la muerte en arcilla convertido,  
De dudas el espíritu se puebla.  
¿Rompe la tumba tan confusa niebla?

¿Qué eres, fugaz meteoro,  
Qué es la que en pos dejaste  
Brillante estela de oro?  
¿Dónde ha tendido el vuelo  
El alma intelijente?  
¿Qué hai mas allá del trasparente cielo?  
¿Qué misterios oculta el Gran Oriente?

Mas dado penetrar tan alta ciencia  
Al hombre no le fué. Junto al abismo  
La memoria del sabio reverencia,  
I aplaude, i jime i llora,  
I así, ignorante del terrible arcano  
Inclina la cabeza al golpe rudo  
Que talvez es la luz de nueva aurora.

Chimborazo del jénio americano,  
Lleno de admiracion yo te saludo  
Desde las playas del eterno Oceano.

A LA MEMORIA DE DON ANDRÉS BELLO POR DON ENRIQUE  
DEL SOLAR.

El ilustre anciano, el sabio profundo, el poeta elegante i florido, orgullo de todo un Continente, nos ha abandonado para siempre, dejando en la literatura americana un vacío que nadie en mucho tiempo llenará; i en las almas de los que lo conocieron i amaron un recuerdo indeleble i grato como aroma de la virtud i de la ciencia.

Don ANDRÉS BELLO, despues de una carrera de casi ochenta i cinco años consagrados a la ciencia i al trabajo, ha pagado a la muerte el

doloroso tributo de la humanidad. Chile, que se enorgullecía velando la existencia de este varón eminente, derrama hoy sobre su tumba el llanto del dolor i de la gratitud, único tributo que le es dado consagrar al que ha formado la jeneracion de publicistas i poetas que con tanto brillo sostienen el buen nombre de la literatura patria.

Chile, si es respetado por su ilustracion, si tiene un *Código civil*, que puede compararse con lo mejor que en su jénero se conoce; si cuenta con una Universidad respetada por las corporaciones científicas, todo lo debe a don ANDRÉS BELLO, a quien la Providencia se dignó conceder una larga vida para que realizase grandes cosas i pudiera gozarse con los frutos de sus asiduas tareas.

Hoy que el sábio ha muerto, nadie nos podrá tachar de lisonjeros al tributarle el homenaje de nuestra admiracion, que, por otra parte, no es mas que un eco perdido entre el armonioso coro de elojios que se han tributado a su memoria.

La biografía de don ANDRÉS BELLO es demasiado conocida, gracias a los elegantes escritos de Amunátegui i Torres Caicedo. Resumiremos los principales acontecimientos de su existencia, porque la vida de los hombres ilustres tiene siempre interes como todo lo que honra a la humanidad.

DON ANDRÉS BELLO nació en Carácas el 30 de noviembre de 1780, i a los veinte años ya le vemos representar un papel distinguido en la revolucion de su patria contra la España. Secretario de la *Junta gubernativa*, demostró en este importante cargo sus conocimientos políticos i diplomáticos, i así en junio de 1810 el Gobierno nacional lo honraba, enviándolo, en compañía del gran Bolívar i de don Luis Lopez Méndez, a Lóndres con una importante comision.

BELLO permaneció en Lóndres por espacio de diezinueve años, sirviendosucesivamente a las Legaciones de Colombia i Chile i soportando las privaciones consiguientes a la pobreza, a que lo reducian las circunstancias de dichos países.

Esto no le impidió el convertirse en pocos años en un verdadero sábio.

Los momentos que le dejaban libre las atenciones diplomáticas i los deberes del esposo i del padre eran empleados en el estudio, con tal asiduidad, que en corto tiempo BELLO habia adquirido un caudal de ciencias que muy pocos lograron adquirir en las vijilias de una vida tranquila i laboriosa.

En esta época publicó numerosos i variados artículos en el *Reportorio Americano* i en la *Biblioteca Americana*, periódicos que

redactó en compañía de otros distinguidos literatos, amigos suyos.

En 1829 el señor BELLO, llamado por nuestro Gobierno, se estableció en Santiago, desempeñando por de pronto el destino de Oficial Mayor del Ministerio de Relaciones Exteriores.

Durante su larga mansión entre nosotros, BELLO dió a luz sus obras mas importantes, afianzando para siempre su reputacion de literato i de publicista eminente.

BELLO ha sido Senador de la República i Rector de nuestra Universidad, cuya direccion ha estado a su cargo desde el dia en que se instaló, hasta su muerte, acaecida el domingo 15 de octubre. Ella ha llenado de un profundo dolor a Santiago, i el luto que por él hemos vestido traspasará los mares, porque, como dijo con justicia el señor Ministro de Instruccion pública, "BELLO era una gloria de todo el mundo, pues la patria de las ciencias no reconoce límites i abraza a la humanidad entera."

Don ANDRÉS BELLO había bebido en todas las fuentes del saber humano.

Desde la mas bella literatura hasta la medicina, todo le era familiar i en cada ramo era mas o ménos profundo.

Pero como sábio tiene una especialidad en que se distingue: el ilustre Rector de nuestra Universidad sobresalió en sus trabajos filológicos, tanto, que nadie puede colocarse a su lado entre los filólogos que han hecho estudios sobre nuestro idioma.

La mas importante de sus obras en este jénero es sin duda su trabajo sobre el *Poema del Cid*, primer monumento de la literatura castellana, i que, aunque inédita hasta hoi, podemos juzgarla por su *Gramática Castellana*, hija de aquel trabajo i fruto de cerca de 40 años de estudios.

La *Gramática Castellana* es un trabajo de primer orden i que deja muy atrás al de don Vicente Salvá, cuya obra es de lo mejor que se conoce entre las escritas por literatos de la península. BELLO en este trabajo siguió un método de su invencion e hizo dar a la ciencia un paso jigantezco. Lo mas notable que hai en él es la definicion del *verbo*, el tratado sobre el *lo*, i la clasificacion de los *verbos irregulares*.

Completó la *Gramática* un tratado sobre *Ortología i Métrica de la lengua castellana*, digno compañero de aquella, i que fué adoptado como testo por la *Real Academia española*.

Para ser un exelente gramático es necesario ser un profundo filósofo.

Don ANDRÉS BELLO lo era, i deja inédito un tratado de Filosofía, fruto de los estudios de su larga existencia, i que, como todo lo que ha salido de su mano, será una obra sobresaliente.

Eucargado por el Gobierno de la redaccion de un *Proyecto de Código civil*, desempeñó esta tarea con extraordinario éxito, dando a su patria adoptiva una obra monumental de lejislacion.

Su *Derecho internacional* es el único trabajo, sobre la materia, digno de estimacion en nuestro idioma. Don ANDRÉS BELLO tenia hechos sobre esta importante ciencia numerosos i escojidos estudios; unia a ellos una gran práctica en la diplomacia, pues dirijió por mas de veinticinco años las Relaciones de Chile con las potencias estranjeras. El dió a nuestra cancillería esa dignidad i elevacion que tanto hemos admirado en estos últimos años, i los archivos están llenos de magníficas notas redactadas por su mano.

Del *Derecho internacional* se han hecho tres ediciones, la última de las cuales lleva la fecha del año 1864. Esta edicion es la mas apreciable de todas, por haber don ANDRÉS hecho en ella numerosas adiciones i enmiendas, fundadas en los notables adelantos que ha hecho la ciencia en estos últimos años.

Jenio analítico e investigador en las cuestiones filosóficas, BELLO tenia ademas una predileccion especial por las Ciencias Físicas i Matemáticas, i escribió un testo de *Cosmografía* para la enseñanza, cuyo método i claridad revelan a cada paso la pluma de su autor.

\*

Quien haya admirado en don ANDRÉS BELLO la diversidad de sus conocimientos i los estudios sérios a que dedicó su larga i gloriosa existencia, creará fácilmente que el alma del sábio no era susceptible de las sublimes elevaciones del poeta.

Sin embargo, el venerable patriarca de nuestras letras era un gran poeta. Poseía una imaginacion ardiente, como el cielo que alumbró su primera juventud, i un gusto esquisito formado en los grandes modelos de la antigüedad clásica.

Desde niño le fueron familiares las bellezas del Homero, Virjilio i Horacio. La sublimidad de Lucrecio elevaba su alma a altas rejiones, i los cantos del Rei-Profeta arrebataban su jóven fantasia. El gusto por la poesia se revela en los primeros años de la vida. BELLO lo sintió, i daba pábulo a su ardiente imaginacion leyendo las comedias del sublime i florido autor de *La vida es sueño*: poeta por quien tuvo siempre una entusiasta admiracion.

No es extraño que la lectura de Calderon diera a su musa esa valentía que se revela a cada paso en su oda a *La agricultura de la zona tórrida*, en que compiten lo escojido del lenguaje con la riqueza i brillantez de sus admirables descripciones.

DON ANDRÉS BELLO, como el duque de Rivas, tiene dos épocas en su vida de poeta. Primero fué poeta clásico, i mas tarde siguió los preceptos de la nueva escuela; pero con un tino i un gusto tales, que, dominando con su elevado criterio ámbas doctrinas literarias, consiguió lo que mui pocos han logrado, hallar *el justo medio*, esto es, hermanar con la rijidez de Horacio los sublimes arrebatos de Victor Hugo.

Algunos han hallado a BELLO mas a propósito para imitador que para poeta orijinal. Acaso esta opinion se funda en que las poesías del sábio americano no son en su mayor parte sino imitaciones de Horacio, Delille i Victor Hugo. Pero cuando BELLO se ha elevado en alas de su propia fantasia ¡a qué altura no ha subido!

Daremos algunas muestras de sus poesías orijinales que probarán la verdad de nuestra opinion. Véase sino las siguientes estrofas tomadas al acaso de su magnífica oda *Al Dieziocho de Setiembre*:

Bramarán los tiranos; guerra i luto  
 Decretarán traeros,  
 I convertir en servidumbre eterna  
 Los recobrados fueros.

Pero ¿cuando en las lides la victoria  
 No ha coronado al fuerte  
 Que a la ignominia de servil cadena  
 Antepuso la muerte?

Notable es la siguiente descripcion de una selva devastada por el fuego:

¿Qué miro? Alto torrente  
 De sonora llama  
 Crece, i sobre las áridas ruinas  
 De la postrada selva se derrama.  
 El raudal incendio a gran distancia brama,  
 I el humo en negro remolino sube,  
 Aglomerando nube sobre nube. . . .  
 Ya de lo que ántes era  
 Verdor hermoso i fresca lozanía,  
 Solo difuntos troncos  
 Solo cenizas quedan, monumento  
 De la dicha mortal, burla del viento.  
 Mas al vulgo bravío  
 De las tupidas plantas montaraces  
 Sucede ya el fructífero plantío  
 En muestra ufana de ordenadas haces.

Hé aquí la siguiente comparacion en que se retrata el anciano poeta, al pulsar la lira, a peticion de una interesante señorita:

La jóven beldad, que quiera  
Ceñir su frente de flores,  
Pídalas a la pradera,  
Cuando de varios colores  
La esmalta la primavera.

Mas, no vaya al *bosque yerto*  
*Que crudo invierno despoja,*  
*Arido i triste desierto.*  
*Do apenas de mustia hoja*  
*Está algun ramo cubierto.*

Rasgos satíricos orijinalísimos se hallan a cada paso en las introducciones que BELLO puso a su traduccion del *Orlando enamorado*; poema italiano en cuya version castellana se mostró un traductor de tanto mérito como Arjona en la *Tebaida* de Estacio.

Digamos ahora algo sobre las imitaciones de Victor Hugo, últimas producciones de nuestro poeta. En ellas no tiene rival, entre cuantos en nuestro idioma se han dedicado a estos trabajos.

De estas poesías es sin duda la mejor la imitacion de *La oracion por todos*. El poeta frances encontró en don ANDRÉS BELLO un admirable intérprete. Tradadó este al español los pensamientos de aquél, elijiendo lo mejor, esplanando algunos pasajes i añadiendo algunas ideas suyas, que dan realce a esta pieza magnífica de la moderna literatura cristiana.

¡Cuán melancólica es esa descripcion de la tarde! ¡Cuán pura i tierna esa oracion de los niños que se guarecen en la piedad como el ave bajo sus alas!

¡Qué uncion la de aquellas preces! ¡Cuánta ternura i delicadeza no hai en la siguiente estrofa!

Ruega despues por mí; mas que tu madre  
Lo necesito yo: sencilla i buena,  
Modesta como tú, sufre la pena  
I devora en silencio su dolor.  
A muchos compasion, a nadie envidia  
La ví tener en mi fortuna escasa,  
Como sobre el cristal la sombra, pasa  
Sobre su alma el ejemplo corruptor.

¡Quién así espresa los pensamientitos de Víctor Hugo no puede menos de ser un gran poeta! Así como los versos citados son todas las imitaciones que se deben a la pluma de BELLO.

DON ANDRÉS BELLO no existe ya! Deja a su patria adoptiva en circunstancias en que todavía podría haberle prestado importantes servicios.—La Universidad de Chile llora a su padre, i en la Academia sepañola queda un asiento vacío que nadie, a la altura de BELLO, podrá llenar.

La variedad de sus talentos, la pureza de su vida i la bondad de su carácter, le habian traído la veneracion i el amor de todos.

BELLO tenia ademas una alta cualidad, que en otro tiempo no hubiera sido un raro mérito, pero que al presente lo es.—Era creyente i piadoso; en suma, un verdadero filósofo cristiano.

En medio de un siglo, como el presente, de incredulidad e indiferencia, no se desvió jamás de la senda de la verdad. Fué piadoso porque conocia como nadie cuan necesarias son la relijion i la virtud en el combate de la vida. BELLO tuvo que sufrir rudas pruebas, i su paciencia salió triunfante de en medio de ellas, como el oro del crisol.

Habia educado una familia que ocupaba todas sus afecciones, i el sábio anciano siguió su camino, tropezando en los sepulcros de sus hijos, todos muertos en edad temprana, todos hombres de un talento superior, que parecian estar llamados a ofrecer a su padre en los días de la vejez los frutos de la sabiduría.

BELLO, como el roble que sobrevive a la ruina del bosque, no se doblegó jamás a los golpes de la desgracia: despues de derramar sus lágrimas sobre las marchitas ramas del árbol de su vida, buscó su consuelo en Dios i en el cultivo de la ciencia.

En sus cuatro últimos años, imposibilitándolo su enfermedad para ir al templo, se hacia conducir en un pequeño carruaje de mano, i edificaba a la multitud con la unción de su venerable rostro, iluminado por la piedad i el sentimiento relijioso.

Así que al terminar su carrera, despues de llenar sus deberes de cristiano, se durmió en el seno de Dios, que habrá premiado sus esclarecidas virtudes.

Pocas horas despues de su muerte contemplábamos conmovidos el cadáver del grande hombre que nos abandonaba. Su rostro se asemejaba al de un infante que duerme, i una dulce majestad resplandecía en su frente.

Entónces no pudimos menos de recordar que la vida de nuestro querido sábio habia sido pura; que nadie por su culpa habia derramado una lágrima sobre la tierra; i que, despues de una existencia larga i glo-

riosa, no dejaba en pos de sí ni un solo odio, ántes al contrario, a su muerte era llorado aun por aquellos que ni siquiera lo habian conocido.

¡Cuán dulce i preciosa es ante el Señor la muerte del justo!

Antes de concluir pedimos un instante para repetir aquellas hermosas palabras del señor BELLO, que nos hizo oír al borde de su tumba otro hombre venerable por su sabiduría i sus virtudes. ¡Ojalá que la juventud de mi patria no olvide jamás el postrer voto de su sábio mentor!

*El gran deseo que me anima es que la ciencia en América se halle siempre unida con la fe, inseparable de la fé, hija de la palabra de Dios!*

#### IV.

El Consejo de la Universidad, deseoso de manifestar todavía mas su profunda gratitud para con el señor Bello, hourando de un modo perpétuo su memoria, se reunió en sesion extraordinaria al dia siguiente de su fallecimiento, i en ella celebró los acuerdos que se rejistran en el respectivo lugar de las actas. (a)

Ademas, en sesion del 28 acordó tambien dirijir a la señora viuda del ilustre finado una carta de pésame, la cual, con su contestacion, es como sigue:

“Señora doña Isabel Dunn de Bello.—El fallecimiento del señor Rector de la Universidad, don Andrés Bello, ha sido una verdadera calamidad, no solo para Chile sino tambien para la América. El pais entero ha llevado luto por su muerte.

La magnitud de semejante pérdida, léjos de disminuir, debe aumentar el dolor de Ud.

El justo i jeneral homenaje tributado a la memoria de un sábio tan ilustre, es el testimonio mas elocuente de sus servicios i sus méritos.

La Universidad que, durante tantos años ha tenido la honra de ser dirijida por el señor Bello, se ha hallado en aptitud de apreciar sus vastos i variados conocimientos, i sus nobles i relevantes prendas morales; su virtud era igual a su talento.

Cuando un individuo deja un vacío tan grande en una nacion, no puede ménos de dejarlo mayor en su familia.

Permita Ud. que la acompañemos a llorar la pérdida irreparable del hombre eminente que fué para Ud. el mejor de los esposos i para nosotros el mas respetable de los maestros.

[a] Posteriormente ha acordado que, en la próxima sesion solemne anual de la Universidad, se lean dos elójos al señor Bello, uno en prosa i otro en verso. Los insertaremos con la oportunidad debida.

*Federico Errázuriz*, vice-Patrono.—*Francisco de Borja Solar*, vice-Rector.—*José Manuel Orrego*, Decano de la Facultad de Teología i Ciencias Sagradas.—*Manuel Camilo Vial*, Decano de la Facultad de Leyes i Ciencias Políticas.—*Lorenzo Sazie*, Decano de la Facultad de Medicina.—*Ignacio Domeyko*, Miembro conciliario.—*Diego Barros Arana*, Miembro conciliario.—*Miguel Luis Amunátegui*, Secretario jeneral.”

“Honorables señores del Consejo de la Universidad:—He tenido el honor de recibir la atenta nota de VV. SS., que los señores Domeyko i Solar ha puesto en mis manos reiterándome a la vez las benévolas expresiones de respeto i simpatía con que el Cuerpo Universitario, tan dignamente representado por VV. SS., recuerda el nombre de mi amado esposo i comparte mi dolor íel de mi familia por su irreparable pérdida.

Este nuevo homenaje, tributado por la ilustre Universidad a la memoria de su antiguo Rector, ha sido para mí un grato consuelo. He visto en él un testimonio mas de gratitud i consideracion que merece a ese sabio Cuerpo el que lo acompañó largos años en sus fecundas tareas i el que consagró una buena parte de su prolongada existencia a la obra del bien i del progreso en este jeneroso país, patria de mis hijos i mia propia, que tan espléndidamente sabe premiar los grandes servicios i las grandes virtudes.

La nacion entera ha lamentado en su muerte la pérdida del buen ciudadano: yo lloro en ella la del mejor de los esposos. I si hai algo que pueda hacerme soportar resiguada un golpe de esta naturaleza, es ciertamente la íntima persuacion que la nota de VV. SS. no ha hecho sino arrigar en mi ánimo, de que esa carrera que tocó ya a su término, tan dilatada i tan gloriosa, fué empleada toda ella en bien de la humanidad.

Ruego a VV. SS. se sirvan aceptar la expresion respetuosa de mi mas sincero reconocimiento, con que tengo el honor de suscribirse de VV. SS. atenta i agradecida servidora.—*Isabel Dunn de Bello*.—Honorables señores del Consejo de la Universidad.”

He aquí tambien, traducida al castellano, una sentida carta de pésame que el señor Ministro Plenipotenciario de los Estados-Unidos de Norte-América en Chile ha dirigido a la respetable viuda del señor Bello, i su contestacion:

“LEGACION DE LOS ESTADOS-UNIDOS—Santiago de Chile, octubre 31 de 1865.—Señora doña Isabel Dunn de Bello:—Señora: Permi-

tidine espresaros el profundo sentimiento con que he sabido el fallecimiento de vuestro esposo, el sabio i buen Andrés Bello. Su pérdida será llorada, no solo por su familia, por sus amigos i por la República, sino tambien por todas las naciones ilustradas, como la de un profundo filósofo i un ardiente patriota.

En un despacho al honorable secretario de Estado de los Estados Unidos, de esta fecha, he informado a mi gobierno de este triste acontecimiento, i tengo el honor de transcribros a continuacion el párrafo relativo al particular. Es como sigue:

“El domingo 15 del actual, el venerable Andrés Bello, el hombre de Estado, filósofo i poeta, murió en su residencia de esta ciudad. Aunque nacido en Venezuela, por un período de cerca de medio siglo habia servido a la República de Chile como consultor en el interior i como representante en el extranjero. Presidente de su Universidad, autor de su Código civil i laborioso colaborador de su literatura, puede ser estimado como el padre de los progresos legales i literarios de Chile. Diplomático sagaz, profundo lenguista i ardoroso profesor de las ciencias naturales, la variedad i universalidad de sus conocimientos, i su inquebrantable tizon en el estudio i difusion de las ciencias, le han ganado el título de Humboldt de Sud-América. Su pérdida será llorada profundamente no solo por su patria adoptiva, sino tambien por todo el mundo civilizado.”

Ningun sud-americano era tan universalmente conocido i tan profundamente respetado en mi pais como vuestro finado i mui ilustre esposo. Estoy persuadido de que mi gobierno se informará con hondo pesar de pérdida tan irreparable, i os ruego me permitais valerme de esta oportunidad para repetiros cuán sincera i vivamente simpatizo con vuestro dolor.

Tengo el honor de ser, señora, vuestro obediente servidor.—(Firmado) *Thomas H. Nelson*.—A la señora doña Isabel Dunn de Bello.”

“Señor:—He tenido el honor de recibir la nota de V. E. de 31 de octubre próximo pasado. En ella V. E. me manifiesta el hondo pesar con que habia recibido la noticia de la muerte de mi esposo i me transcribe un párrafo del oficio dirigido por V. E. al honorable secretario de estado de los Estados Unidos, con relacion a ese triste acontecimiento.

Las benévolas espresiones con que V. E. recuerda los infatigables esfuerzos de mi finado esposo por la difusion de las luces i los largos

i útiles servicios prestados por él a su patria adoptiva, han sido mirados por mi familia i por mí misma como uno de los mas honrosos homenajes tributados a su memoria.

En medio del profundo dolor que nos agovia por pérdida tan irreparable para nosotros, nos sentimos penetrados de la mas sincera gratitud por los sentimientos unanifestados por V. E., mui propios de la grande i jenerosa República que V. E. tan dignamente representa; de ese ilustrado país que dispensa aplausos i honores al talento i a la industria, cualquiera que sea su patria o el lugar en que hayan ejercitado sus fecundas facultades.

Creedme, señor, vuestra mas agradecida i humilde servidora.—*Isabel Dunn de Bello*.—A S. E. el señor don Thomas H. Nelson, Enviado extraordinario i Ministro Plenipotenciario de los Estados Unidos de Norte América, en Chile.”

## V.

Se han trabajado tambien dos Oraciones fúnebres, una por el señor prebendado Taporó, a encargo del señor Intendente de Santiago, para las exequias que, por el alma del señor Bello, debieron celebrarse en nuestra Iglesia Metropolitana i que no han tenido lugar en razon de las extraordinarias circunstancias porque atraviesa el país actualmente, i otra por el señor presbítero Chaparro para las que felizmente han podido celebrarse en la Iglesia de la Merced de Concepcion, a influjo del señor Intendente de aquella provincia.—A continuacion tenemos el gusto de registrar una i otra.

### ORACION FÚNEBRE DEL SEÑOR PREBENDADO DON FRANCISCO DE PAULA TAPORÓ.

Corona dignitatis senectus, quæ in viis justitiæ reperietur.....

La corona de honor i de gloria se debe a aquellos en quienes con la edad han crecido las virtudes, i los méritos i talentos se han multiplicado con los años.—(Prov. cap. 16, v. 31.)

Señores:—¿Por qué tan pronto se ha cambiado en luto el traje de gala de la hija de Sion?... Apenas hace un mes que las bóvedas de este mismo santuario resonaban con los alegres cánticos de una fiesta consagrada a los mas bellos dias de la República; sus altares estaban adornados con laureles i girnaldas, emblemas del triunfo que los hijos de Chile venian a deponer a los pies del Señor de los ejér-

bitos; el estampido del cañon i el eco de los clarines marciales entraban a confundirse con las notas graves pero armoniosas de la salmódia; i hasta los ornamentos sacerdotales al lado de los brillantes uniformes de los guerreros, formaban un hermoso contraste i simbolizaban una solemnidad civico-relijiosa.

¡Ah, era el gran día de Chile, el aniversario de su independencia política: el día de sus glorias i de los recuerdos de las heroicas hazañas de sus mas ilustres i denodados hijos!

¡¡Hoi todo ha cambiado!!...; A la alegría i al alborozo han sucedido el duelo i la consternacion mas profunda; a los atavios brillantes, el negro crespon de un funeral, i a las músicas festivas, los jemitos del laud i el plañido desgarrador de la campana mortuoria! ¡Triste condición de la humanidad! La alegría será frecuentemente mezclada con el dolor, i el llanto irá pizandando la orla del vestido del gozo! “Risus dolore miscebitur, et extrema gaudii luctus occupat”... (1). ¡Los goces de este mundo pasan con espantosa rapidez! ¡Tan frájiles i momentáneos como la vida del hombre, a quien el tiempo deshoja de una a una sus mas ahagüeñas ilusiones, i marchita las flores sobre su misma cabeza! Con razon nos dice Job: “Solo la felicidad, la verdadera felicidad, nos es desconocida; pero el sufrimiento i la amargura, el tiempo los vá destilando en nuestro corazon gota a gota.” Repletur multis miseriis (2).

Pero, señores, ¿qué ha motivado entre nosotros esta cruel transformacion? ¡Ah, vosotros lo sabeis demasiado bien! ¡El noble orgullo de nuestro pais... el padre de nuestra jóven literatura... el sabio americano... el jurisconsulto profundo... el oráculo de nuestra Universidad... el príncipe de nuestros poetas... el consejero de nuestros hombres de Estado... el padre modelo, el esposo tierno, el amigo fiel, el ciudadano ilustre i amante de nuestra patria, sin haber nacido en ella, el señor don Andrés Bello... no está ya entre nosotros, i ha volado al cielo!...

¡Venerables majistrados, a cuyos consejos él asistió e iluminó tantas veces con su sabiduria, venid; regad con vuestras lágrimas esa tumba que oculta bajo sus sombras fatídicas tan preciosos despojos! ¡Hombres amantes de las ciencias, justos apreciadores del saber humano, deplorad sin consuelo una muerte que os arrebató en Bello vuestro mas luminoso fanal! Jóvenes estudiosos, cuyas intelijencias él preparaba con sus lecciones i enriquecía con sus tesoros, esparcid

(1) Prov. cp. 14 v. 13.

(2) Job. cp. 14 v. 1.

flores sobre ese féretro, pero flores que simbolicen con su aroma el jénio de su inspiración! ¡Chilenos todos, acercaos; rodead ese ataúd que guarda los restos venerados del hombre laborioso que consagró cerca de cuarenta años al servicio de nuestra patria; esculpid sobre el bronce un sentido epitafio que pueda espresar fielmente el amor, el respeto, i nuestra gratitud mas profunda!

¿Mas, qué es lo que hago, señores? Me olvidaba sin duda que solo debo hablaros en este lugar el lenguaje místico de la relijion. Es verdad que esta madre de consuelos i de dulces esperanzas no nos prohíbe el desahogo del dolor en la muerte de nuestros amigos; por el contrario, ella nos enseña que el mismo Salvador pagó el triste tributo de las lágrimas a la pérdida de su querido Lázaro (1); sin embargo, quiere que no desesperemos i que busquemos el alivio en la fé de sus divinas promesas. “No os alijais” nos dice “por los que duermen: si Jesus murió i resucitó, así tambien Dios resucitará con Jesus a aquellos que durmieron por él” (2). Pidamos, pues, a esta celestial doctrina el bálsamo consolador para las heridas de nuestro corazon. “Si los justos no mueren, sino que viven para siempre en el Señor, de quien reciben su galardón eterno” (3), para nuestro ilustre finado que, a las elevadas dotes de su intelijencia, reunía las virtudes del hombre cristiano, la muerte no ha sido sino el término de su larga peregrinación por este valle de lágrimas, i la que le ha franqueado las puertas de la manción de la paz i de la felicidad perpétua.

Encargado por la autoridad pública de hacer la oración fúnebre del señor don Andrés Bello, Rector de la Universidad de Chile, nada me ha parecido que podía formar mejor su elogio como estas palabras que encontramos en el libro de los proverbios: “Corona dignitatis senectus, quæ in viis justitiæ reperietur.” La corona de honor i de gloria se debe a aquellos en quienes con la edad han crecido las virtudes, i los méritos i talentos se han multiplicado con los años. ¿No es verdad, señores, que a nadie corresponden con mas propiedad que al señor Bello estas palabras del hijo de David? El vivió i envejeció mas allá de la edad fijada al hombre por el Profeta Rei (4), sin decli-

(1) Et lacrimatus est Jesus. Sn. Jon. cap. 11, v. 35.

(2) De dormientibus non contristemini sicut et cæteri qui spem non habent. . . . S. Pab. 1.ª ad. Thess. cap. 4 v. 14.

(3) Justi autem in perpétuum vivant, et apud Domini est merces eorum. Sap. cap. 5 v. 15.

(4) Dies annorum nostrorum septuaginta anni: fortiores autem octoginta, et amplius labor et dolor, Sp. 89 vs. 10 i 11.

nar jamás de los caminos de la justicia; él llenó cumplidamente los deberes de ciudadano, de maestro i de escritor público; los deberes de esposo, de padre i de amigo; pero, sobre todo, llenó los deberes de un buen cristiano. Tales serán los caracteres con que vamos a diseñar, en cuanto lo permita la brevedad de un discurso, el retrato de este grande hombre, que a la sabiduría juntó la virtud, i a la ilustracion de la intelijencia la rectitud del corazon.

¡Sabiduría increada, fuente de eterna luz, creador de las intelijencias, que repartis vuestros dones a quien mejor os place! Vos que enriquecisteis con prodigalidad a esta alma que hoí habeis llamado a vuestro seno, permitid que, al hacer su postrimer elojio, nuestras palabras no se aparten de la verdad; haced, Señor, que el respeto i el amor que hemos profesado desde nuestra juventud a este talento esclarecido, no nos obligue a profanar vuestra santa casa con el incienso sacrilego de la lisonja; concedednos tambien que, al ilustrar i perpetuar su memoria con el acuerdo de sus esclarecidos méritos, sea edificando a nuestros numerosos oyentes con los ejemplos de sus virtudes.

Señores:

Encontrar un hombre que en medio de la corrupcion de costumbres por la cual atravesamos, jamás declinó de sus deberes, que enseñó desde su juventud i sostuvo hasta la mas avanzada ancianidad los derechos de la razón, sobreponiéndose a las preocupaciones de su siglo; que jamás tuvo otro interes que el de la verdad i el de la justicia, i que, habiendo participado de los honores, los aplausos, la reputacion con que brinda el mundo a las mas elevadas intelijencias, no se ofuscó con el humo de estos inciensos, ni se prostituyó con sus engaños; un hombre, de una virtud austera, pero sin esterioridad; que supo reunir a una erudicion sólida i profunda, toda la modestia i sencillez de la humanidad; en quien la confianza de cargos importantes i la influencia personal no hizo otra cosa que acreditar el mérito del hombre privado; que santificó el honor i la probidad por los principios del cristianismo; que se hizo admirar aun de las naciones mas ilustradas por la estension de sus conocimientos; que siempre rindió al talento i a la verdad los homenajes de su respeto; que hizo pesar sin debilidad ni temor su juicio ilustrado i severo sobre el error; un varon hábil i prudente en los consejos mas difíciles, certero en las desiciones, acatado de todos por su talentos, amado de todos porque era afable i bondadoso: temido algunas veces porque era injénuo i su censura severa; un hombre, en fin, de esta especie, es un verdadero prodijio.

Ahora, decidme, señores, ¿quién de vosotros que haya conocido al señor don Andrés Bello no confesará que tales fueron sus cualidades características? ¿Quién, que haya leído sus luminosas producciones, en las que campean a la par la profundidad del pensamiento, la precisión del estilo i el buen gusto, con los sentimientos de la moral mas pura, de la rectitud en los juicios i de la buena fé en los principios, no ha tenido que aprender i se ha visto forzado a encomiar este jenio privilegiado? ¿Quién, finalmente, que lo tratase en la comunicacion privada, o lo observase en el recinto del hogar doméstico, no quedaba cautivado de su trato franco i cordial, pero sin afectacion; de su cultura perfecta, pero sin vanidad; i de su instruccion vasta i variada, pero sin los resabios del majisterio? Ved aquí porque Chile, a quien consagró con una laboriosidad asidua i fecunda las dos terceras partes de su importante vida, se hace hoi una gloria de encontrarlo entre sus prohombres, i en confesarlo a la faz del mundo ilustrado como el padre i el fundador de su literatura nacional, i el que ha comunicado mas rápido empuje a nuestra ilustracion, a los progresos de la educacion pública, i al amor i entusiasmo por los conocimientos i adelantos de todo jénero.

Pero no desfraudemus a su patria natal del honor que le es debido. La República venezolana lo cuenta en el número de sus mas ilustres hijos, i la ciudad de Caracas tuvo la dicha de mecer por la primera vez su cuna el día 30 de noviembre de 1780; asi como a Santiago le ha cabido el doloroso deber de abrir su fosa, i de conservar esas preciosas reliquias que ofrecerán siempre motivos de dolor i de veneracion aun a la mas remota posteridad.

El señor Bello no presumia de contar entre sus ascendientes condecoraciones ni títulos, esas brillantes libreas con que los amos coronados disfrazan a sus esclavos para ocultar a los ojos de éstos toda la degradacion de la servidumbre, i para enaltecer la grandeza de aquellos i satisfacer su orgullosa vanidad. Sus padres eran nobles pero sin títulos heráldicos: respetables i dignos por la ilustracion i buenas costumbres; mas sin veneras ni cruces, que sin duda no habian comprado a la cancelleria de Castilla. El señor don Bartolomé Bello, abogado de crédito de aquel foro, i la señora doña Ana López, matrona estimable por sus virtudes en aquella ciudad privilegiada, que dos años despues habia de dar a luz al libertador de cuatro Repúblicas, (7) contaron entre sus hijos al señor don Andrés.

Siempre somos deudores de las primeras impresiones de bondad a

(7) El jeneral don Simon Bolívar, que nació el 24 de junio de 1783.

una madre, como de la rectitud del juicio i del amor por los conocimientos a nuestro padre. La señora López infundió a su hijo, desde la mas tierna adolecencia, el amor acendrado a la virtud, la bondad del corazon, la pureza de costumbres i la delicadeza de conciencia; dotes sagrados, privilegios celestiales que una vez inoculados en el corazon, rara vez se pierden, i que casi siempre se aumentan i se fortifican con la edad. El señor don Bartolomé, por su parte, sin dejar de ser un padre afectuoso con su hijo, lo habituó a una moral severa, a una reflexion detenida, al odio por la ociosidad i a un legitimo desprecio por la ignorancia. Confió al jóven Andrés, luego que supo las primeras letras, a un sacerdote ilustrado i esperto, mui versado en el idioma clásico de Virjilio i Ciceron, el cual comenzó a iniciar a su discípulo en los misterios de la ciencia, i a hacerle distinguir las sublimes bellezas de la poesía. El alumno correspondió por su parte mas allá de las esperanzas del maestro: hizo extraordinarios progresos en el estudio de las letras humanas; i su esquisito gusto por la poesía i elocuencia lo pusieron en aptitud de comprender, no solo todas sus bellezas, sino tambien de aprender con exactitud todas sus reglas; para lo cual se entregó a un estudio laborioso i concienzudo de esa noble i sabia antigüedad, que él miraba despues como la fuente de la razon i de los progresos de nuestro siglo. Su aficion por los libros de mérito, mui raros sin embargo i difíciles de poseerse en aquel tiempo, su avidez por saber, su asiduidad en estudiar, i, si me atrevo a decirlo, su intemperancia en la lectura, pasiones de su juventud, lo hicieron bien pronto superior a sus maestros, i le granjearon una reputacion que solo podia igualar a su mérito.

En efecto, el jóven Bello nada tenia ya que aprender en las aulas. Las pruebas públicas que él habia exhibido en sus certámenes, a los que acudian mil curiosos atraidos por la fama de ese talento precoz, estendieron su crédito i lo afianzaron. Asociado en breve a otros jóvenes distinguidos que para cultivar la literatura habian establecido una pequeña Academia, donde se comunicaban sus luces, se depuraba el gusto i se estimulaban al estudio, no tardó en ocupar el primer puesto i ser como el decano de aquel pequeño Areópago. Fué allí donde nuestro vate caraqueño leyó sus primeras producciones, las que siempre sorprendian por la novedad del asunto i arrancaban estrepitosos aplausos por lo acabado de su ejecucion; en estas dejábanse ya admirar la elevacion de los pensamientos, la orijinalidad de las ideas, la pureza del estilo, los arranques espontáneos i brillantes del jenio, junto con la dulce armonía del tono i la suave cadencia de la rima.

Muchos jóvenes solicitaron con empeño ser discípulos de Bello; i él, que tenia un entusiasta delirio por la propagacion de las luces i por la instruccion de la juventud, abrazó con abnegacion i celo la noble carrera del profesorado. ¡Quizá, sin advertirlo él mismo, era ésta su mas alta mision recibida del cielo! Al pensarlo así, nos basta ver los ópimos frutos que ha cosechado en ese precioso campo, no solo en su pais, donde contó entre sus discípulos al ilustrado Bolívar, sino tambien en Chile, en donde nuestros mas distinguidos jóvenes, nuestras capacidades mas eminentes estiman como un título de honor i de gloria el haber recibido sus lecciones.

Es preciso no disimular aquí que las ideas del jóven literato se resentian un tanto de ese ambiente deletereo que él habia aspirado en los bellos jardines del paganismo; un espíritu fogoso, una imaginacion exaltada i un corazon tierno i sensible lo impulsaban a dejarse seducir por todo aquello que lisonjea el amor propio i embriaga dulcemente los sentidos. Así era que sus composiciones abundaban de principios un tanto opuestos a la severa moral del Evangelio. No obstante, si sus ideas se habian extraviado un poco de aquellas que su virtuosa madre le habia inspirado desde su infancia, su corazon i sus costumbres conservaban la pureza i sanidad en que habian sido formados. Tendremos ocasion de observar como, mas tarde, él supo rectificar estas mismas ideas, i pudo inspirarlas, nobles i virtuosas, a sus hijos i discípulos.

Las grandes capacidades no pueden permanecer ocultas por mucho tiempo: ellas despiden sus luces do quiera que se encuentren esparcidas, semejantes a las piedras preciosas que rara vez se escapan al ojo investigador i certero del hábil lapidario. El jóven Bello, sin mas solicitud i recomendacion que la fama de su talento i probidad, fué llamado a los negocios públicos en calidad de oficial segundo de la secretaría de la gobernacion de su provincia. El literato no cedió el puesto al oficinista; ni las abrumadoras i monótonas tareas del empleado hicieron perder el gusto i aficion al hombre de letras; por el contrario, él supo amenizar ese terreno árido, introduciendo en él el órden, la regularidad, i espidiéndose en la variedad de negocios que corrian a su cargo, con facilidad, método i exactitud. No era, pues, de extrañar que condiciones tan raras i recomendables le mereciesen la confianza de sus jefes, los que, reconociéndose sin las aptitudes de aquel, declinaron en su subalterno todo lo árduo i difícil de su cargo. El mismo Capitan Jeneral, que seguía de cerca los pasos de su empleado, i sabia estimar su contraccion al trabajo i sus brillantes dispo-

siciones, ño vaciló en presentarlo a la Corte de Madrid para un empleo importante, haciendo de él los mayores elójjios i recomendándolo de un modo eficaz. Contra todo lo acostumbrado en aquel tiempo, i hasta contra las mismas esperanzas del jóven Bello, le fueron acordados los despachos de Comisario de guerra. “Para que se comprenda,” dice uno de nuestros mas distinguidos escritores chilenos (1) en la biografía del mismo señor Bello, “toda la importancia del título indicado, es necesario tener presente que los empleados de la administración tenían entónces en España, como ahora en Rusia, cierto órden jerárquico análogo al de la milicia; el título de Comisario de guerra equivalia al grado de Teniente Coronel.”

Hemos dicho que las nuevas tareas a que se habia dedicado nuestro empleado público, lejos de enervar su actividad para las investigaciones de la ciencia, i para aumentar el caudal de sus conocimientos, no hicieron sino estimularlo, i darle mas fuerzas para acometer nuevos i difíciles estudios. Las lenguas de Racine i de Lord Byron estaban proscritas, por decirlo así, de la colonia; de consiguiente, carecian de cátedras i hasta de maestros; a pesar de esto, su ardiente deseo por conocerlas i su aplicacion tenaz se sobrepondrá a estas dificultades. El consagra largas vijilias al aprendizaje árido de sus regias; se remonta hasta descubrir su orijen, su filosofía i su jenio peculiar; se acostumbra a gozar todas sus bellezas, traduciendo las obras maestras de estos idiomas; i cuando echa de menos los sonidos de su pronunciacion, se asocia a algun extranjero instruido de los pocos que solian visitar aquellas remotas playas. De esta manera, llega un día en que ve coronados sus penosos esfuerzos, i puede lisonjearse como el sabio de Israel, diciendo: todos los conocimientos i goces del saber me han sido dados por Dios con mi intelijencia. (2)

Pero este talento necesitaba un teatro mas vasto, su alma grande i ardiente era republicana aun bajo la opresion del despotismo; i su corazon estaba modelado a la manera del de los hombres de Plutarco. A fuerza de meditacion i de estudio habia llegado a familiarizarse con las ideas de la Filosofía moderna i las mas importantes cuestiones de la política i de las reformas sociales. Con el detenido exámen de la historia habia podido admirar las costumbres severas de la República en Esparta, i las discusiones públicas i acaloradas de los pueblos libres o ilustrados en Atenas. Como hábil observador, habia podido descubrir los manejos de la Corte de España con sus posesiones

(1) Amunátegui, Biografía de Americanos, página 28.

[2] Venerunt autem mihi omnia bona pariter cum illa. Sap. cap. 7, v. 11.

americanas, i la calculada rémora que se ponía para atajar los progresos del comercio i de la intelijencia. El presentía la libertad, i no se engañó. El grito de independencia resonó bien pronto en todo el continente, i Venezuela fué una de sus hijas predilectas.

El jénio es simpático; los grandes hombres se adivinan, se buscan i se comprenden fácilmente: así fué como Bolívar, cuyo coraje i audacia habia de arrancar cuatro grandes provincias del yugo de la Metrópoli a que estaban unidas, se encontró con Bello, cuyo talento habia de contribuir en gran parte a disipar las tinieblas de la ignorancia en que estaban envueltas por mas de tres siglos, i hacer brillar sobre ellas el sol de la verdad i de la ciencia. Bolívar empuñó la espada i corrió a los campos de batalla a conquistar los derechos de los pueblos oprimidos; Bello empuñó la pluma, formidable en sus manos como un alfanje, i se lanzó a la arena de la discusion i del raciocinio a justificar la causa santa de la libertad, esto es, la causa de la humanidad oprimida i degradada. Aquel ganó victorias, éste enseñó a los pueblos a constituirse por sí mismos i a conocer sus derechos i los de las demas naciones; el primero organizó ejércitos i estimuló con su heroico ejemplo a vencer o morir; el segundo combatió las preocupaciones de una jeneracion acostumbrada a la obediencia i al vasallaje; el libertador ciñó sobre sus sienes los laureles del triunfo; el literato ennobleció su cabeza con la aureola de la ciencia. Existía, sin embargo, una notable diferencia entre estas dos celebridades: Bolívar, sujetó muchas veces la razon a las pasiones. Bello, sujetó siempre sus pasiones a la razon. Ambos han inmortalizado sus nombres; pero Bello ha reunido a esta inmortalidad la bendicion i la gratitud de una nacion entera que él ha ilustrado con sus escritos.

Es preciso decir que Bello no asistió a las primeras luchas armadas de la libertad contra la tiranía; una circunstancia providencial, quizá, lo habia llevado a Lóndres en calidad de asociado a la Legacion diplomática enviada por la Junta gubernativa de Caracas para proteger los derechos de Fernando VII a la corona de España. Esta importante comision, que él i sus dos colegas aceptaron gustosos, creyendo inclinarse al gobierno de San James en favor de las ideas republicanas que la mayoría de aquellos pueblos abrigaba, surtió de pronto un resultado contrario a sus proyectos, no obstante que realizaba los fines para que habian sido enviados; debiéndose al tino de Bello la redaccion de un tratado con una nacion de las mas importantes del viejo mundo, tratado que hacia tanto honor a su patria como acreditaba a su autor. Siempre modesto, no quiso figurar en primera línea en esta ne-

gociacion, contentándose con el ménos ostensible título de cancelario, a pesar de que habia sido investido de los mismos poderes que sus colegas.

El jenio impaciente de Bolívar, uno de los Diputados, i que encabezaba la comision, no pudo contentarse con este resultado. Volvió precipitadamente a su país, i allí en union de los republicanos mas decididos, dieron el grito de revolucion, declarándose independiente de la corona de Castilla el memorable 5 de julio de 1811. Bello i su compañero secundaban del mejor modo posible los sentimientos de sus compatriotas, ora acreditando su causa ante el gobierno de la Gran Bretaña por medio de luminosas publicaciones, ora inclinando los ánimos de los mas ilustrados ingleses a su favor. Ambos se lisonjearon con la halagüeña esperanza de ver en poco tiempo a su país libre i formalmente constituido. Sentian por otra parte no encontrarse al lado de los valientes para engrosar sus filas i derramar su sangre en defensa de tan santos principios. Cuando mas ocupados se encontraban de estos sentimientos patrióticos, una de esas terribles vicisitudes tan frecuentes en la vida, vino a llenar de consternacion a nuestros dos enviados. Un hecho de armas acababa de dar una completa victoria a los enemigos, i por consiguiente de sofocar la libertad en su misma cuna. Un suceso tan fatal hacia ya inútil i casi imposible su permanencia en Lóndres; sobre todo, su situacion comenzaba a ser cruelmente azarosa por la falta de recursos i la imposibilidad de obtenerlos de su país.

Bien pronto Bello se encontró solo en aquella inmensa capital; porque su compañero se separó de él, no pudiendo auxiliarse mutuamente. He dicho mal: él se halló cercado de una jóven esposa, a quien habia ligado su suerte en época mas propicia, i de un tierno niño fruto de esta union. Apuró mas sus últimos recursos; pero la situacion se prolongaba i se hacia cada vez mas terrible, i sin esperanza de remedio. Una noche, noche fatal, nuestro ilustre extranjero vió agotado su fondo; no habia qué enajenar para proporcionarse al menos con qué comprar el alimento; no habia tampoco a quien pedir en calidad de préstamo algun pequeño subsidio; abandonó su casa con el corazon saturado de infortunio, no teniendo valor para contemplar por mas tiempo aquel cuadro lastimero. Talvez desde el fondo de su alma se desprendia en ese momento aquella exhalacion bíblica: *non videbo morientem puerum!* (1), o quizá como Abraham confió en Dios, i esperó contra la misma esperanza. Lo cierto es que la Providencia

(1) Jen. cap. 21, vs. 16.

vino en su ayuda despues de haber probado a este espíritu noble i jeneroso. Era tambien necesario que él enseñase con su ejemplo a la juventud este importante axioma: que el talento i la ciencia nunca son estériles.

En efecto, desde esa misma noche se abrió para este hombre de letras una senda de bienestar i de prosperidad, senda por la cual llegó hasta nosotros, hasta Chile su segunda patria i la patria de sus hijos; hasta este Chile que él amó tanto, i que supo conocer i apreciar desde que arribó a sus hospitalarias playas; a cuyo hermoso cielo tantas veces entonó himnos embalsamados con todo el perfume de una imaginacion oriental; cuyos bosques esmaltó de flores mas delicadas que el lirio de nuestros campos i mas fragantes que nuestras violetas; cuyas altas montañas... ¿pero a dónde voi? El deseo de contemplarlo entre nosotros me hacia cortar el hilo de la narracion.

Decia que habia comenzado para el señor Bello una nueva carrera, i esta fué la de las publicaciones literarias que, no solamente le proporcionaron recursos suficientes para una vida cómoda, sino que tambien le conquistaron un nombre ilustre i le franquearon la entrada a varias Academias, i la merecida estimacion de las mas célebres notabilidades literarias i científicas de Europa. Sediento siempre de estudios i de conocimientos útiles, se perfeccionó tanto en el de los idiomas vivos, que llegó a hablar i escribir muchos de ellos con toda perfeccion; descubrió i analizó todas las bellezas de la lengua de Cervantes; investigó los últimos sistemas de Filosofía de la escuela alemana; comparó i concordó todos los tratados i convenios celebrados por las naciones europeas unas con otras, en tiempo de paz i en el de guerra; i, por fin, acopió un depósito importante de conocimientos legales de Derecho público i de jentes, que mas tarde dieron por fruto los mas interesantes trabajos i los mas preciosos textos de enseñanza sobre estos ramos, haciendo del señor Bello uno de los mas sabios publicistas i un juriconsulto de primer orden.

Como su país tardase en reconquistar su independenciam, él tuvo ocasion de servir entretanto a otras Repúblicas en sus relaciones diplomáticas, cuyos Ministros, acreditados cerca de los gobiernos europeos, lo llamaban en su ayuda para el acierto de sus negocios. El se prestaba a todos con aquella franqueza, aquella táctica esquisita, aquella rectitud i probidad que, o como sabeis, formaban los distintivos de su carácter. Todos los americanos de importancia o caracterizados, residentes en Europa, se daban prisa a relacionarse con este eminente publicista; todos se disputaban el honor de ser admitidos a su

amistad, i querian enriquecer su país con esta valiosa adquisicion.

Nadie, empero, tenia un derecho mas lejítimo que Venezuela; pero la Providencia, que lo destinaba para ser en Chile el vehículo que condujera con acierto i rapidez a nuestra estudiosa juventud al templo de la sabiduría i de la gloria, permitió que los hombres que entraran a rejir los destinos de su patria, despues de la emancipacion, se condujesen con él indiferentes o desconocidos. "Nadie es profeta en su propia patria" (1) ha dicho el Salvador; i sin duda por esta razon Nazaret, patria de Jesus, no mereció la dicha de presenciar alguno de sus portentosos milagros. Frecuentemente se encuentran émulos entre los que nos han visto nacer; las medianías no pueden soportar con paciencia a los talentos que se elevan sobre ellas. Por otra parte, los que ejercen el poder público, alejan tambien muchas veces de su lado a aquellos que, con una prudente e ilustrada censura, sirven de freno a sus caprichos o de fiscales a sus desaciertos. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que el señor Bello nó fué llamado oportunamente a su país: i si mas tarde se le ocupó como secretario en una Legacion cerca del Gobierno Británico, fué mas bien para inferirle un verdadero desaire, que a la verdad no merecia bajo ningun pretexto, pero que él supo rechazar con toda la dignidad que le era propia.

Esta conducta de parte de los suyos decidió al señor Bello a buscar una patria donde acabar tranquilo el resto de sus dias; i esta patria fué Chile, quien le abrió de par en par sus puertas i le anticipó la benevolencia de su gobierno i el respecto i admiracion de sus nobles hijos.

Hemos dicho ántes que no hai verdadero mérito en el hombre, ni ni sólida virtud, sin que sea probado, como el oro i la plata se prueban en el fuego del crisol. (2) Así es que cuando Dios quiere ofrecer modelos a la humanidad, los depura ántes por el fuego de las contradicciones; mas al someterlos a la lucha es para que venzan con el auxilio de su gracia, i para que entiendan que de todas las cosas la mas poderosa es la sabiduría. (3) He aquí lo que esperiméntó por sí mismo este hombre virtuoso. El estaba destinado a enseñar, no solo con sus palabras la ciencia del bien, sino tambien a enseñar con sus ejemplos las austeras virtudes del sufrimiento i de la paciencia; por esto es que él, no solamente esperiméntó el abandono e ingratitud de sus amigos

(1) Nemo est profeta in patria sua. Luc. cap. 4 vs. 21.

(2) Sicut igne probatur argentum et aurum, ita corda probat Deus. Prov. cap. 17 vs. 3.

(3) Certamen forte dedit illi ut vinceret et sciret quoniam omniam potentior est sapientiae. Sap. cap. 10 vs. 12.

i discípulos, sino que tambien sirvió de blanco a los dardos emponzoñados de la calumnia, con que la envidia, esa pasion de las almas bajas, intenta deprimir el talento i el mérito cuando es impotente para elevarse por sí misma a la altura del aquel. Una pluma aleve se atrevió a salpicar, con la hiel de que estaba empapada, la reputacion sin mancha del señor Bello, sin mas pruebas ni datos que la misma malevolencia del que la dirijia. El señor Bello descansó tranquilo en su inocencia, i confió su causa al cielo. No obstante, ¡cuántas amarguras no devoraria en secreto esta alma sensible! Solo los que han sido víctimas de esta especie de suplicio, pueden valorizar todos sus sufrimientos!

Señores, séame permitido aquí un arranque de confianza, que cede mas en elojio de nuestro finado amigo que en desahogo del corazon. Le consultaba yo mismo en cierta ocasion, hallándome en idénticas circunstancias a las que él habia experimentado, si me sinceraria de una calumnia con que se habia vulnerado mi honor; i él me respondió: “¡juzga Ud. desarmar con su respuesta al calumniador? nó, jamas; con ella no hará Ud. sino irritar su zaña, i ofrecerle un nuevo pretesto a sus tiros. ¿Está Ud. seguro de su inocencia? Pues bien, no escriba Ud. ni una sola palabra: Dios hará lo demas.” Su semblante resplandecia en ese momento la luz de su intelijencia, i dejaba entrever toda la serenidad del justo; sus palabras, ademas, contenian tan profundas convicciones, que me separé de su lado persuadido i tranquilo.

El señor Bello me hablaba con experiencia; él tambien habia sufrido, i la Eterna Justicia habia vuelto por su causa: en su persona se habian cumplido fielmente estas predicciones del Libro de la Sabiduría: “En el dolo de aquellos que lo perseguian lo asistió la Providencia, i lo colmó en seguida de honor i de estimacion” (1).

A la verdad, el gobierno venezolano no tardó en hacer una cumplida justicia al mérito de este eminente ciudadano; mas, era ya tarde, por desgracia de aquel país i por fortuna del nuestro. El señor Bello habia sido recomendado a nuestro Gobierno por un distinguido chileno que sabia mejor que nadie apreciar su importancia; éste fué el señor don Mariano de Egaña, nuestro Plenipotenciario a la sazón en Londres, i el único quizá en ese tiempo con quien Bello podia rivalizar en conocimientos, que es cuanto puede decirse en su elojio. Él fué, pues, el que lo recomendó al Gobierno de nuestra República, i su

(1) In fraude circumvenientium illum affluit illi et honestum fecit illum. Sap. v. 10 vs. 11.

ilustrado Presidente, el jeneral don Francisco Antonio Pinto, digno amigo del señor Bello, le ofreció el puesto de Oficial Mayor de Relaciones Esteriores. Ved aquí, señores, los antecedentes i los favorables auspicios con que el apreciable señor Bello vino a nuestra patria.

Hablaros ahora de todo lo que trabajó en nuestras Relaciones Esteriores, hasta colocar a nuestro país a la altura de los pueolos mas cultos i adelantados de Europa: deciros todo lo que escribió para difundir entre nosotros las luces i los mas importantes conocimientos, desde la Gramática i Ortolojía, hasta las mas difíciles cuestiones del Derecho internacional; haceros una reseña de todo lo que enseñó, en los diversos ramos del saber, por mas de veinticinco años de continuas tareas, seria interminable, i ademas, inútil, pues vosotros os hallais en aptitud de apreciarlo mejor que yo. Me limitaré solamente a preguntar: ¿Quién hai entre nosotros que no haya tenido algo, por lo ménos, que aprender de este maestro enciclopédico? Si nos fuera permitido espresar nombres propios sin faltar a las reglas de esta clase de panegíricos, yo os citaria algunos cuyas publicaciones i cuya fama se han estendido allende los mares, nombres que hacen con justicia el blason de nuestra literatura chilena, i que son frutos prematuros i preciosos del celo i enseñanza del señor don Andrés Bello.

Desde las mas altas hasta las mas ínfimas de nuestras instituciones sociales, reconocen una deuda a la ciencia i a los talentos del señor Bello. Si subimos a los primeros tribunales del Estado, allí está su Código Civil, obra de sus largos estudios, de su esperiencia i de su capacidad. Si recorremos los voluminosos archivos de nuestros Ministerios, allí encontrareis los tratados, las estipulaciones, los pactos de amistad, de navegacion i de comercio, que prueban mejor que todo lo que pudiera decirse aquí, sus estudios i meditaciones sobre el Derecho de jentes; si echamos una ojeada a los antiguos trabajos del Senado, en el cual ocupó un sillón por el voto i confianza de los pueolos, descubriremos igualmente su luminosa huella; si visitamos nuestra Universidad, allí hablan por sí mismas sus memorias, sus leyes orgánicas i sus testos de enseñanza; nuestra Universidad, séanos permitida la espresion, era su hija predilecta; a ella consagró sus desvelos durante muchos años; era el objeto de su ternura, diré mas, de un esmero i cuidado de cada momento; sí, hasta de los momentos dolorosos de su penosa i prolongada agonía. Si, finalmente, repasamos en nuestras observaciones el Instituto Nacional, la Seccion Universitaria, los Liceos, las Escuelas normales i secundarias, por todas partes encontraremos estampado el signo de su intelijencia. ¡Parece imposible, seño-

res, que en el corto período de siete lustros hubiese podido hacer tanto! No será pues exagerado decir de él aquello del Libro de la Sabiduría: *Consummatus in brevi explevit tempora multa* (1).

Pero, lo que verdaderamente sorprende es que en medio de tantas i tan diversas ocupaciones, de atenciones tan serias i difíciles, no descuidase su culto a las bellezas de la literatura. Nuestros mas lucidos poetas le consultaban frecuentemente, i a sus observaciones deben ellos ese gusto, esa pureza i perfeccion que admiramos en algunas de sus composiciones poéticas. Los trabajos de este jénero que nos ha dejado, pasan, entre los mas entendidos en el arte, como obras maestras. "El ocupa en América, dice un célebre escritor (2), el primer lugar como publicista, i el primero como poeta; sus versos son de una correccion cabal; tienen una fluidez que admira, una armonía que hechiza; su poesia es valiente, sentida, moral, llena de elevacion, i tiende siempre a un fin noble. Patriota, creyente, sábio, americano sobre todo, sus versos participan de todos esos caracteres." ¿Qué mas podríamos añadir a este breve pero elocuente elogio de nuestro gran poeta? Una sola palabra que en nuestro concepto ha faltado aquí; él era, agregaríamos, un verdadero poeta cristiano. Conservamos aun fresca en nuestra memoria aquella tierna i ferviente plegaria que en el espantoso incendio de la Compañía, acaecido el dia 30 de mayo de 1841, dirijia a la Santísima Virjen, en las siguientes estrofas:

¡Virjen! si compadecida  
Te halló siempre el ruego humano,  
Deten la fiera avenida:  
Tiende el manto soberano  
Sobre tu mansion querida;

Sobre tu bella morada,  
Donde con ardientes votos  
Haz sido siempre invocada;  
Donde mil labios devotos  
Te llamaron su abogada.

¡Cuántas otras poseias de este jénero pudiéramos citar aquí, embalsamadas con esa suave i santa uncion que solo puede producir la piedad cristiana! Pero temo, señores, abusar por mas tiempo de vuestra bondadosa induljencia.

Entremos ahora, como último término, a decir dos palabras sobre la vida doméstica del señor don Andrés Bello. ¡Ah, si me fuera per-

(1) Sap. cap. 4, v. 13.

(2) J. M. Torres Caicedo. Ensayos biográficos i de crítica literarios, tom. 1.º, páj. 51.

mitido descorrer el velo que oculta a vuestros ojos el hogar patriarcal de este venerable anciano! ¡Cuántas virtudes privadas, cuántos dolores consolados, cuánta humildad, cuánta caridad i abnegacion no tendríais que admirar! Esposo i padre, estos augustos títulos fueron santificados por él. En dos enlaces sucesivos fué el modelo de los esposos. Jóven todavía, la muerte le arrebató a su primera compañera; era preciso dar una madre a sus huérfanos hijos, pero una madre digna de ellos, una esposa digna de él; la Providencia, a quien él se abandonó siempre, i que siempre también veló por él, le deparó un ángel de bondad (1); ella compartió sus goces i sus penas durante su vida; ella veló cerca del lecho de sus dolores i agonías; ella, en fin, cerró sus párpados en el último sueño de la muerte.

Como padre, sus hijos poseyeron en el señor Bello el mas apasionado de los amigos, el maestro mas instruido i solícito, el sacerdote doméstico que formaba sus costumbres para la sociedad i sus almas para cielo; ilustraba sus inteligencias nacies con el caudal de sus conocimientos i completaba su educacion con sus ejemplos edificantes.

Su casa era la plácida morada de la paz, de la moral i de la piedad ilustrada; era tambien el asilo del consuelo i del alivio de los que sufrían. ¡Cuántas madres aflijidas, cuántas viudas desoladas, cuántas huérfanas desvalidas encontraban allí el consejo i el socorro de sus miserias! Su caridad era segun las reglas del Evangelio (2): “No sabia su siniestra lo que hacia su diestra;” de manera que los mas ignoraban sus liberdades. El habia sufrido mucho; su vida entera habia sido una cadena de dolores, pero de esos dolores que desgarran el corazon; él habia visto hasta seis de sus hijos, uno en pos de otro, caer heridos por el golpe de la muerte en lo mas florido de su edad i cuando comenzaban a ser el consuelo de su ancinidad, la fortuna de su familia i la esperanza de la patria, a la manera que el secular olivo ve tronchar de uno en uno sus verdes retoños por la segur inexo-

(1) El señor Bello nos ha dejado un retrato moral de su digna esposa la señora doña Isabel Dunn en los siguientes versos de la Oracion, dedicados a una de sus hijas. Dice así:

Ruega despues por mí. Mas que tu madre  
Lo necesito yo. . . Sencilla, buena,  
Modesta como tú, sufre la pena  
Que devora en silencio su dolor.  
A muchos compasion, a nadie envidia,  
La vi tener en mi fortuna escasa:  
Como sobre el cristal la sombra, pasa  
Sobre su alma el ejemplo corruptor.

(2) Et autem faciente eleemosyna, nesciat sinistra tua quid faciat dextera tua.  
Luc. cap. 6, v. 3.

rabable del labrador. ¡Ah! sin duda estos acerbos dolores le hicieron exhalar, como a Job, estas sentidas i dulces melodias:

¡Piedad, señor, al hombre que criaste,  
Eres grandeza, eres bondad, perdon!  
¡Dios te oirá; que cual de la ara santa  
Sube el humo a la cúpula eminente,  
Sube del pecho cándido, inocente,  
Al trono del Eterno la oracion.

¡El pedía aquí al Señor el auxilio en sus tribulaciones, él demandaba a una de sus hijas la plegaria de la inocencia en favor de su anciano padre, no creyéndose sin duda él mismo digno de obtenerla por sus ruegos! Sin duda Dios le era propicio, pues la calma de la resignacion entraba dulcemente en su alma. Hé aquí porque las aflicciones i los pesares ajenos encontraban siempre un eco en su corazon que respondia con espresiones de esperanza i consuelo. Mas, ya es tiempo que recibamos de este sábio cristiano las lecciones mas solemnes, que compendian, por decirlo así, todo lo que el hombre tiene que aprender i saber en este mundo.

En los últimos días del hombre, dice un padre de la iglesia, (1) es donde comienza a revelarse el arcano tremendo de la predestinacion; es en ese término fatal de la vida donde se dejan sorprender con facilidad los caracteres de los escojidos, de aquellos que San Pablo llama vasos de misericordia; ellos previenen la muerte con una santa preparacion, reparan en la amargura del corazon los estravios de una juventud olvidada algunas veces de sus mas santos deberes, se purifican de las mas lijeras faltas por medio del arrepentimiento i comienzan a contemplar tranquilos i llenos de paz serena el término de su carrera; sostienen, si es preciso, el combate con valor i firmeza, i muriendo acaban de santificarse con la muerte, o mas bien, santifican la muerte con el fervor de su piedad.

Esto fué lo que aconteció i esto lo que fielmente ejecutó este varon sábio i prudente: él supo aprovechar en tiempo oportuno los auxilios de la gracia, haciendo preceder a su fin una vida contemplativa, penitente i fervorosa. Desde algunos años atrás habia confiado los secretos i direccion de su conciencia a un sacerdote (2) ilustrado i celoso, con el cual conferenciaba frecuentemente acerca de su salvacion; i aun en medio del torbellino de las ocupaciones diarias, de la etiqueta a que lo obligaba su posicion, i de sus mismos estudios, se entregaba

(1) San Juan Crisóstomo. Hom. sobre el Psm. 4.º

(2) El R. P. F. Domingo Aracena, de la Recoleccion dominicana.

con recojimiento edificante a las prácticas espirituales i a los devotos ejercicios de la piedad. (a) Así fué como el señor Bello consagró los últimos años de su vida a todo lo que la religión puede inspirar de mas santificador i mas tierno a un corazon ocupado del amor de Dios. Por esto dijimos de él, al principiar este discurso, que se hizo acreedor a la corona de honor i dignidad destinada por el Espíritu Santo para aquellos en quienes con la edad se han aumentado las virtudes, i los méritos i talentos se han multiplicado con los años: *corona dignitatis senectus quæ in viis justitiae reperietur.*

Una constitucion, aunque robusta, trabajada i gastada por las fatigas i vijilias de un estudio de toda la vida i jamas interrumpido, una larga ancianidad mas trabajada aun por los sufrimientos, la debilidad propia de los años, todo hacia presajiar que el término de su larga carrera estaba cercano. En efecto, su última enfermedad se pronunció con síntomas mortales: él la conoció, i ántes de esperar en los remedios humanos quiso ocurrir a los divinos. Recibió lleno de fé i de esperanza los Santos Sacramentos, miró con ojos serenos unjir sus miembros con el óleo sagrado i rezó con el sacerdote las últimas oraciones de los agonizantes. ¡En vano la ciencia i la amistad (3) lucharon a brazo armado con la muerte! ¡En vano la mas activa i tierna solicitud de una esposa i de unos hijos consternados hicieron esfuerzos sobrehumanos para mantener, siquiera por algunos dias mas, esa lámpara moribunda que se extinguía!.. ¡No hubo remedio..sonó para él la hora suprema, i su peregrinacion en este mundo terminó a los ochenta i cinco años de su edad! Murió el señor don Andres Bello, pero murió como filósofo cristiano, porque manifestó al morir toda la grandeza de su alma; murió como sábio cristiano, porque aprovechó su ciencia i talento para santificar la misma muerte.

¡Ved aquí, señores, a lo que quedan reducidas todas las grandezas humanas! ¡Ah! ¡Qué es la vida? Una sombra fugaz que se disipa como el humo! Con cuánta razon ha dicho el profeta: “que toda carne es heno, i toda su gloria como la flor del campo!” (4) Todo desaparece, todo huye, todo se escapa de nosotros; fortuna, placeres, dignidades, poder i gloria; brillan un dia, un solo dia a nuestros ojos, i al dia siguiente van a precipitarse bajo la loza de un sepulcro. Sobre esa loza se escribió por una mano amiga una inscripcion que bien pocos

(a) El director de los *Anales* sabe de buen orijen que el señor Bello rezaba diariamente en su breviarío el oficio divino.

(3) El señor don Lorenzo Sazie, Decano de la Facultad de Medicina, quien lo asistió con todo el fervor de su amistad.

(4) Isai. cap. 4.º vs. 10.

leerán, i que el tiempo borrará demasiado presto: *¿siccine separat amara mors?* (1).

Por ventura, ¿será ésta la suerte de nuestro finado amigo? ¡Ah, no, señores; la virtud i el talento no mueren: emanaciones divinas de la sabiduría increada, serán tan eternas como su oríjen. El señor Bello vive pues, i vivirá por siempre en cada una de sus producciones inmortales; vive i vivirá siempre en cada una de las intelijencias que él ilustró; vive i vivirá siempre en el corazon de todos los que le amaron; su memoria será transmitida con sus obras a las jeneraciones venideras, i sus virtudes harán siempre su nombre digno de amor i bendicion.

Vosotros habeis visto a nuestra sociedad vestirse de luto por su muerte, i todos los que le conocian recibieron con pesar esta infausta noticia. La prensa pública ha sido por algunos dias una continuada plegaria; el Gobierno Supremo, olvidando por un instante las graves atenciones que lo ocupaban, se ha hecho un deber en decretar sus honores fúnebre; los Ministros de Estado, los altos funcionarios de la nacion, el Cuerpo Diplomático, las Facultades de la Universidad, los colejos, el clero, el pueblo en fin, todos han venido al pié del altar a manifestar su sentimiento por tan irreparable pérdida; todos se han prosternado delante del Dios de vivos i muertos, i elevan sus preces por el eterno descanso de nuestro ilustre finado. ¡Honor a Chile, que ha sabido corresponder dignamente los servicios i méritos de aquel que le consagró la mas preciosa parte de los frutos de su intelijencia!

¡Ministros del Señor, subid una vez mas al altar, continuad vuestras oraciones, i perfeccionad el sacrificio que yo os habia interrumpido;... regad ese túmulo con el agua lustral, para que si las debilidades de la flaqueza humana detienen aun esta alma en el dintel de la morada de los santos, quede purificada por los méritos infinitos del Cordero inmaculado, i por la misericordia de Dios entre a descansar en paz eternamente. Amen.

---

La ilustre Municipalidad de Concepcion, a propuesta de su digno presidente, acordó que se celebraran en la iglesia de la Merced de aquella ciudad, con asistencia de todos los funcionarios públicos i de las corporaciones, unas solemnes exequias en honor del señor Bello como padre de las letras chilenas, segun puede verse por el acta que sigue:

“Sesion extraordinaria del 24 de octubre de 1865.—Se abrió pre-

(1) Reg. 1, cap. 15 vs. 32.

sidida por el señor Intendente de la provincia, don Anibal Pinto, con asistencia de los señores alcaldes Lamas, Soto i Menchaca, i de los señores rejidores Sanhueza, Rojas don Pablo, Rojas don Jorje, Fierro, el procurador municipal i el secretario.

Aprobada el acta de la sesion anterior, el señor Intendente manifestó a la sala que, habiendo muerto recientemente en la capital de la República el señor Rector de la Universidad, don Andrés Bello, seria mui justo tributar un homenaje a la memoria de este sabio eminente, que tantos servicios ha prestado, no solo a Chile sino tambien a la América en los diversos ramos del saber humano. La corporacion, conforme con la idea del señor Intendente i deseando por su parte manifestar su justo sentimiento, acordó se celebrasen unas exequias en honor del ilustre difunto, i que a ellas se invitase, por conducto de la Intendencia, a las corporaciones i demas empleados civiles i militares; facultándose a los señores rejidores que componen la comision de educacion, para que, a nombre de la Municipalidad, inviten a los particulares i organicen las dichas exequias: para todo lo cual se transcribirá este acuerdo sin esperar la aprobacion del acta.—ANIBAL PINTO.—Juan de Dios Ibieta, secretario.

He aquí, ahora, la

ORACION FÚNEBRE DEL SEÑOR PRESBITERO DON VICENTE S.  
CHAPARRO.

*Videte quoniam non soli mihi laboravi,  
sed omnibus exquirentibus veritatem.*

Ved como no solo he trabajado para mi mismo, sino para todos los que buscan la verdad. Eccles. c. 24 v. 47.

Ilmo. señor (a).—Señores:

Al dirijiros la palabra en esta ocasion lugubrememente solemne, no penseis que vengo solo a esparcir un puñado de flores sobre una tumba reciente i venerada; hartas ovaciones, hartas coronas, mas hermosas i perfumadas que las que yo pudiera tejerle, ha recibido ya el gran nombre que nos reune en este recinto sagrado, decorado con las pompas solemnes de la muerte. Lo que me propongo, ante todo, es llamar vuestra cristiana atencion al grave acontecimiento que deploramos, como a la leccion mas profunda i trascendental que la vida puede recibir de esa gran doctrina; la muerte. En efecto, la muerte ha probado una vez mas la inexorable rectitud de su nivel;

(a) El señor Obispo de la Concepcion, Dr. don José Hipólito Salas.

su soplo helado acaba de apagar una de esas vidas que jamás debieran estinguirse; acaba de sumerjirse en la noche de la eternidad una de esas lumbreras del jénero humano que, ni todos los pueblos, ni todos los siglos logran ver flamear con frecuencia en sus horizontes; un eminente diplomático, hábil político, sabio lejislador, filósofo profundo, humanista esclarecido; en una palabra, un sabio de primer orden, a la vez que hombre probo i verdadero cristiano, acaba de descender a la rejion de las sombras. No soi yo, señores, no es mi pobre palabra la que califica de esta manera al señor don Andrés Bello; no soi yo quien decreta a su nombre la inmortalidad: es Chile, es la América entera, es el mundo quien así lo estima i condecora, i jamás como ahora he tenido la honra de ser el intérprete de tan universal sentimiento.

I bien, señores, semejante acontecimiento, la muerte de un hombre bajo tantos aspectos grande ¿nada dice a vuestros espíritus, ninguna leccion contiene para el corazon? No lo creo. Si el vendaval de la muerte troncha tan implacablemente ese árbol robusto i jigante, gloria i orgullo de la selva humana ¿qué debemos esperar las livianas hojas, mas o ménos marchitas, mas o ménos estériles para lo bueno i lo grande? No se me oculta, señores, lo banal de mi pensamiento, i no dudo merecer por ello vuestra secreta reconvencion.—Que la muerte a nadie perdona, i que ante el filo de su guadaña todas las tallas humanas son iguales, es una verdad que nadie hasta ahora ha puesto en duda. Lo confieso, señores; pero no es ménos cierto que esa verdad se mantiene comunmente en la rejion expectativa. Conviene, por tanto, evocarla al terreno de la práctica, de la actualidad; i ninguna circunstancia mas oportuna que cuando la muerte derriba alguna cabeza de jigante; así aunque todos confesamos la potente majestad del Creador, sin embargo, no la sentimos con viveza sino cuando el estallido del trueno viene a arrancarnos al curso ordinario de nuestros pensamientos.

Pero al hablaros de la muerte de don Andrés Bello, yo vengo facerando vuestros corazones con el recuerdo de un suceso que no ha podido ménos de abrir en ellos una honda llaga, harto reciente aun para que no mane sangre al mas ligero contacto. ¿Sabeis que casi estoi decidido a retractarme, i deciros resueltamente: “nó, don Andrés Bello no ha muerto?” ¡I en qué me fundo? Vedlo aquí señores: los grandes hombres nunca mueren del todo: *non omnis moriar*; tienen dos vidas: la vida ordinaria que termina en la tumba, i la vida póstuma que en ella comienza. Pues bien, en este caso se

encuentra el hombre que lloramos: ha podido perder la primera vida, pero al mismo tiempo ha entrado en el pleno goce de la segunda. Por qué? Porque ha tomado ya su puesto en el panteon de los hombres grandes; i lo ha tomado porque, durante su mortalidad, realizó grandes trabajos, no solo para sí, sino tambien para todos los que aman la verdad; trabajó, no solo con la palabra escrita, sino tambien con el buen ejemplo católico. *Videte quoniam non soli mihi laboravi, sed omnibus exquirentibus veritatem.* Hé aquí revelado mi propósito.

¿Qué cosa es un hombre grande, señores? Es el hombre que consagra su vida entera a la investigacion de la verdad i a la práctica de la virtud, i que al hacerlo, ha tenido en mira, no solo su propio bien, sino tambien el de sus semejantes. Cualquiera otra definicion de la grandeza i del heroismo moral es inexacta, deficiente. Ahora bien, señores, estos hombres no mueren; solamente desaparecen. En vano se acuestan en su tumba para no volver a levantarse; en vano la muerte ha arrojado en los abismos de la eternidad la llave de sus sarcófagos; en vano las edades i los siglos amontonan escombros sobre su polvo sagrado; ellos se rien del olvido, i su vida póstuma, siempre lozana, siempre verde, flota sobre los lindes del imperio de la muerte, i sobrenada en la ola de las generaciones, divirtiéndose con las tormentas, i jugando con los rayos; la memoria de los hombres la guarda como un corazon impenetrable. *In memoria eterna eris justus.* Si: esto que Dios ha dicho del justo yo lo aplico al hombre grande, porque para mí, señores, justo i hombre grande son palabras sinónimas. ¿Ni como habria de morir el hombre grande desde que no mueren sus obras?

Apliquemos ahora esta teoría a nuestro personaje. Para que don Andrés Bello pudiera morir del todo seria preciso que murieran sus obras, i éstas son inmortales. En efecto ¿qué hizo don Andrés Bello? ¿Decidlo vos tierra de Caracas, que tuvisteis la gloria de verlo nacer! Decid si hubo jamás juventud mas laboriosa, i que con mas estrecho lazo supiese unir el genio con la aplicacion i la gloria con la modestia. Apenas cuenta veinte años, i ya su mérito le eleva a los altos destinos públicos como secretario del gobierno colonial bajo dos Presidentes sucesivos; i tan pronto como brillaron los primeros destellos de la independencia de su patria, la primera Junta gubernativa que se instala no trepida en llamarle a desempeñar el mismo puesto: tan jeneral era la persuacion, así de la estension de sus luces i talentos, como de su probidad acrisolada.

¿Qué hizo don Andrés Bello? Yo le veo, desde ese mismo año de 1810, en la capital de la Gran Bretaña, desempeñando una gravísima comisión diplomática, enviado por Venezuela su patria, asociado al coloso de la independencia americana, el inmortal Simón Bolívar, i al no ménos ferviente patriota don Luis López i Méndez. La poderosa Albion pudo ver i admirar a este jóven jénio americano, nacido en las márgenes del Magdalena, ora consagrado a las árduas i delicadas tareas de la diplomacia, sirviendo sucesivamente las secretarías de las Legaciones chilena i colombiana con una laboriosidad i acierto no menos honroso para estas jóvenes Repúblicas que acreedor a los aplausos i satisfaccion de sus jefes; ora perdido en el polvo de las Bibliotecas, bebiendo, con increíble ansiedad i constancia, esos raudales de ciencia que lo hicieron mas tarde el primer sabio del Continente americano i una de las mas brillantes lumbreras literarias del presente siglo; ora produciendo en el *Repertorio Americano* esos preciosos artículos científicos, o esas bellísimas composiciones poéticas, que, con tanto esplendor, revelan al sabio i al literato; ora en medio de las angustias de la pobreza i el aislamiento, ganando laboriosamente una vida estrecha i apenas tolerable, con el trabajo de profesor de idiomas, desempeñado con la habilidad i contraccion que le eran características; pero siempre puro, siempre digno, siempre noble. I estas peripecias, señores, llenan diez i nueve años de su vida.

¿Qué hizo don Andrés Bello? Yo le veo dirijirse al trasves de los mares, a las playas de Chile, esta patria querida, en donde viene a fijar definitivamente sus lares, i que cual madre tiernísima, le recibe en sus brazos, i le confia en gran parte su honra i sus destinos con el cargo de Oñcial Mayor del Ministerio de Relaciones Exteriores; confianza a que Bello no deja de corresponder en los restantes treinta i nueve años de su vida, con tanta solicitud i tan brillantes resultados que harán imperecedera su memoria i eterna hácia él la gratitud nacional.

¿Qué hizo don Andrés Bello? Promovió, cual ninguno, la educacion científica i literaria de este pais, dió grandeza i dignidad a su vida política, i tanto honor, tanta rectitud i nobleza supo inspirarle en sus relaciones con los demas pueblos de la tierra, que ha llegado a merecer la estima i el respeto de las naciones mas adelantadas de ámbos Continentes; debiéndose talvez la actitud mesurada a la par que vigorosa desplegada por nuestro Gobierno en el actual conflicto con la España, a las doctrinas luminosas difundidas por don Andrés Bello en sus *Principios de Derecho internacional*, que tan bien se

amoldan a la rectitud i virilidad del carácter nacional; actitud de que tanta gloria redonda al pais i a su gobierno, i que no puede ménos de refluir en el nombre que doloramente recordamos.

¿Qué hizo don Andrés Bello? Como Senador de la República en varias Lejislaturas, concibió, propuso, reformó, muchas leyes llenas de sabiduría i de equidad; i por último, fué el autor del Código civil, que si, como obra humana, no ha podido tocar la meta de la perfeccion, essin embargo, en concepto de muchos intelijentes, una obra monumental, a ninguna inferior en su jénero.—¿Qué hizo don Andrés Bello? Fundó moralmente, puede decirse, la Universidad de Chile, la gobernó como Rector, por el espacio de veintidos años, desde su fundacion hasta su muerte; la puso en relacion con varios de los principales cuerpos sábios del mundo, i la elevó al grado eminente en que la vemos actualmente colocada.—¿Qué hizo, por fin, don Andrés Bello? Escribió libros imperecederos, de los cuales solo la *Gramática castellana* que le valió los elogios i el título de Miembro honorario de la Real Academia Española i los *Principios de Derecho Internacional*, libro mui estimado en Europa i que ha merecido el honor de ser traducido a los idiomas de las naciones mas cultas, bastarian para inmortalizar su nombre. Nada diré, señores, de sus poesias, ya orijinales, ya imitadas, en que se traspira tanto de esa melancolía dulce i solitaria, bebida sin duda en las orillas del Támesis, e inspiradas por el cantor de Fingal i demas bardos del norte, hijos de las nieblas i de las tempestades; de la *Ortología i Métrica*, de su *Análisis de la conjugacion castellana*, de sus *Investigaciones sobre el poema del Cid*, de su *Comosgrafía*, ni de tantas otras lucubraciones preciosas debidas a su pluma sobre casi todos los ramos del saber humano, porque esto me llevaria mui léjos de mi propósito.

Ahora pregunto yo, señores: esos trabajos, esos méritos de un órden puramente humano ¿bastan para constituir al hombre grande, sobre todo, en el sentido cristiano? No niego, señores, que ese linajé de méritos puede conciliarse, i aun se concilia con frecuencia, con graves errores del entendimiento i con la depravacion del corazon; en cuyo caso, léjos de realzar al hombre, lo rebaja, puesto que muestra hasta que punto esos errores i esa depravacion son indisciplinables. Pero niego positivamente que tal sucediera en el ilustre personaje a quien lloramos. Al contrario, cualquiera que estudie con atencion sus producciones literarias, se convencerá de que no han podido ser fruto sino de un espíritu tan ilustrado como sano, i de un corazon tan puro como benéfico. No es necesario ser un profundo observador para advertir

que la estrella que guiaba a Bello en el campo de las letras no era otra que el bien de sus semejantes i especialmente el de la juventud americana. No habla ménos alto en favor de la sanidad de sus principios, la circunstancia de haber sabido preservar comunmente sus numerosas obras, algunas de ellas de grande aliento, del cáncer de las malas ideas que tanta circulacion tienen en la época que atravesamos i que coroen talvez las producciones de los mas bellos ingenios; argumento que, aunque negativo, es, en mi concepto, de una eficacia perentoria en el asunto que nos ocupa. Aun mas: yo no trepidaria, señores, en afirmar que los escritos de nuestro ilustre finado alcanzan, aunque de un modo indirecto, un mérito eminentemente cristiano. En efecto, vivimos en un siglo en que no es posible la enseñanza o el aprendizaje de las altas ciencias morales i religiosas, sin estar de antemano iniciados en los ramos mas importantes de las Humanidades. Esto supuesto ¿no servirá provechosamente a los intereses morales i religiosos el que se dedique a proporcionar a la juventud estudiosa estos conocimientos previos en textos luminosos i bien calculados? Pues tal fué la tarea predilecta de nuestro personaje.

Pero, aun cuando don Andrés Bello no hubiera sido un gran sabio, habria sido de todos modos un gran cristiano, i bajo este aspecto, digno de la inmortalidad. En los tiempos que corren, i aun mas en el medio siglo en que se desarrolla la vida pública de Bello, ser práctica i manifestamente un buen cristiano, es, para los hombres colocados en ciertas posiciones, una empresa que raya en heroismo, sin que por eso el deber, a este respecto, pierda nada de su inflexibilidad. En efecto, verse elevado sobre el pavés de la opinion como la primera figura literaria, el maestro universal, el oráculo de un pueblo que goza el renombre de ilustrado i no tener a mengua descender a prácticas que, aunque nobilísimas en sí mismas, son tildadas por esa misma opinion, en sus funestísimos estravíos, de supersticion, ignorancia, oscurantismo, demuestran una fuerza de conviccion i una enerjía de virtud que están mui léjos de ser vulgares. Pues bien, señores, ese hombre era don Andrés Bello. Los deberes de la relijion i de la piedad, léjos de parecerle humildes i degradantes, los reputaba como son: altísimos i gloriosos. El que habla, señores, le vió con frecuencia cruzar los solitarios i sombríos claustros de uno de los mas austeros conventos de la capital, en solicitud de un ministro sagrado que derramase sobre su alma enferma el bálsamo saludable de la reconciliacion; pero no contento con esto, a fin de medrar en la vida divina del espíritu, tenia su director de conciencia, a guisa de cristiano piadoso i ferviente. ¿Qué

mas? Hable la populosa capital de la República tan religiosamente edificada al verte diariamente en el templo, asistiendo con profundo rejimimiento a la celebracion de los sacrosantos misterios, escuchando la santa palabra, o alimentándose con el pan que enjendra la inmortalidad. Era por cierto un espectáculo asaz tierno i edificante ver aquel ilustre anciano, objeto de la veneracion universal, con su hermoso i noble semblante en que brillaba la chispa del jenio, dirigirse a la casa del Señor, con ese paso breve i vacilante que traiciona los ochenta años, apoyado jeneralmente en dos de sus hijos menores, futuros trasuntos de su noble i virtuoso padre! Fruto era éste, señores, de la sabia Providencia, a quien plugo visitarle, haciéndole saborear gota a gota las gloriosas amarguras del martirio.

Seis o siete féretros desfilaron sucesivamente ante sus ojos: contenian los despojos de otros tantos de sus hijos, cegados en flor por la muerte, objetos de sus halagüeñas i brillantes esperanzas, realizadas en parte por los unos, i comenzando a alborear en los otros. Escusado es decir que estos tristísimos sucesos destrozaron el alma sensible de nuestro sabio; pero al mismo tiempo descubrieron los tesoros de piedad religiosa que su corazon abrigaba. Sí, ellos lo hicieron buscar en el seno dulcísimo de nuestro Padre que está en los Cielos, las fuentes de consuelo que ya nadie ni nada podia proporcionarle sobre la tierra. I a tal punto habia llegado su fervor religioso, que, al decir de uno de sus biógrafos, durante los últimos cuatro años de su vida, imposibilitado por la cruel enfermedad que lo condujo al sepulcro, se hacia conducir al templo en un carruaje de manos, edificando a todos con la ternura de su devocion. Pero si alguna duda pudiese haber respecto de los sentimientos altamente católicos de nuestro ilustre finado, bastaria para disiparla esas notables palabras suyas referidas por uno de sus amigos al borde de su tumba: "El gran deseo que me anima, es que la Ciencia en América se halle siempre unida con la fé, inseparable de la fé, hija de la palabra de Dios;" palabras dignas de un padre de la Iglesia, i que revelan toda el alma del sabio cristiano. ¡ Puedan estas grandes palabras de nuestro Jacob cristiano gravarse hondamente en los corazones de todos los chilenos, especialmente de los jóvenes que aspiran a elevarse sobre el pedestal de la Ciencia, para que comprendan que la ilustracion verdadera, léjos de estar reñida con la religion, la necesita como su mas firme apóyo i que debe adherirse a ella como la planta parásita al arbol secular que la sustenta!

Todo esto, señores, ¿no os parece suficiente para elevar a don Andrés Bello a la categoria de los hombres grandes, aun en el sentido católico?

Por lo que hace a mí, yo no exijiria nada mas para adjudicarle la inmortalidad, si la inmortalidad estuviera en mi mano. En efecto, él ha hecho cosas grandes con el pensamiento i con la acción, no solo para sí sino para todos los que buscan con amor la verdad en los principios i en la práctica. ¿Qué mas queréis?

La muerte debia pues venir; ya era tiempo. Ochenta i cinco años de una vida pura, consagrada sin interrupcion a cosas grandes, bien merecia el descanso de la tumba, i que la vida del tiempo cediese su puesto a la vida de la eternidad. Así sucedió, señores. Sin embargo, preciso es confesarlo: ¡es cosa bien triste perder a un hombre como don Andrés Bello! El vacío que él deja ¡oh! nunca podrá llenarse dignamente! Llorad, tierra de Chile, porque perdeis al hijo adoptivo de vuestra predileccion que tanta honra i tanto lustre os diera! ¡Oh funestísimo dia 15 de octubre de 1865! ¡con que te llevas, cruel, la mas preciosa de las vidas, i apagas la lumbré de los espíritus dejándolos sumerjidos en la larga noche del dolor! No hai remedio, señores: la hora ha sonado: la muerte estiende sus alas pavorosas: revolotea en torno de su victima: descarga el golpe fatal; don Andrés Bello cierra dulcemente los ojos: don Andrés Bello no existe...!!!

Señores, un tierno, grave i sentido adios al grande hombre, al patriarca de la literatura americana, al fervoroso cristiano!

Sin embargo, su suerte no debe aflijirnos. Estaba ya maduro para la inmortalidad: la inmortalidad de la tierra le ha sido acordada, i esperamos con sobrado fundamento que tambien le haya sido acordada la del cielo. Empero, por si acaso la necesidad de lavarse de algunas manchas contraidas entre el fodo de la mortalidad detienen aun su alma en el vestíbulo de la gloria, para que se depure en el crisol de las espiaciones, elevemos al Padre de las Misericordias, largas, continuas i ardientes plegarias para que la libre pronto de las angustias, i la trasporte a las inmortales delicias de la patria. Por lo demas, no debe causarnos grave inquietud el destino eterno de un verdadero cristiano que murió fortalecido con los santos consueos de la religion, pronunciando conñado esta tierna plegaria del profeta: *Auditui meo dabis gaudium et letitiam, et exultabunt ossa humiliata.*

Señores: una palabra mas al separarnos: don Andrés Bello fué un gran sabio i un gran cristiano: honrad al sabio, pero no dejes de imitar al cristiano.

## VI.

En fin, parece que se trata de hacer publicar en Europa la interesante i voluminosa correspondencia epistolar del señor Bello con

los mas distinguidos literatos i hombres de Estado de América i muchos escritores de Europa. Por lo que sabemos, será aquella una de las publicaciones mas amenas e instructivas.

El señor Bello dejó principiado un comentario de nuestro Código civil e inédita una obra en ingles, fuera de otros trabajos importantísimos que no han visto la luz pública. Escribió una historia de su patria, la República de Venezuela, llena de datos luminosos i nuevos que dan un conocimiento mas completo de la historia de aquel país que el que suministra don José María Baralt, Restrepo i otros. Pero desgraciadamente esta preciosa obra fué consumida por las llamas en el incendio de la imprenta del *Mercurio*, acaecido en 1843.

Sabemos que la correspondencia del señor Bello con el gran Bolívar es sumamente interesante, i que no lo es ménos la que sostuvo nuestro sábio Rector con su señora madre, quien, a la edad de ciento i tantos años, le escribía de su puño i letra hasta 1859, época de su fallecimiento.

---

*BIBLIOTECA NACIONAL.—Su movimiento en el mes de octubre de 1865.*

RAZON, POR ÓRDEN ALFABÉTICO, 1.º DE LOS DIARIOS I PERIÓDICOS, I 2.º DE LAS OBRAS, OPÚSCULOS, FOLLETOS I HOJAS SUELTAS, QUE, EN CUMPLIMIENTO DE LA LEI DE IMPRENTA I OTRAS DISPOSICIONES SUPREMAS, HAN SIDO ENTREGADAS AL ESTABLECIMIENTO DURANTE ESTE TIEMPO; 3.º DE LO QUE SOLO SE HA ENTREGADO UN EJEMPLAR, O ENTREGÁNDOSE INCOMPLETO; 4.º DE LO QUE NO SE HA ENTREGADO EJEMPLAR ALGUNO, NO OBSTANTE LA PUBLICACION HECHA; 5.º DE LO QUE SE HA ENTREGADO TRES EJEMPLARES PARA OBTENER PRIVILEJIO DE PROPIEDAD LITERARIA; 6.º DE LO QUE SE HA ADQUIRIDO POR OBSEQUIO; 7.º DE LO QUE SE HA ADQUIRIDO POR COMPRA; 8.º DE LAS OBRAS QUE HAN SIDO LEIDAS POR LOS CONCURRENTES A LOS DOS DEPARTAMENTOS DE LA BIBLIOTECA, LA NACIONAL PROPIAMENTE DICHA I LA EGAÑA; I 9.º DEL NÚMERO DE VOLÚMENES QUE SE HA ENCUADERNADO..

**I.**

*Diarios i periódicos.*

*Anales de la Universidad de Chile*, Santiago, imprenta Nacional; la entrega correspondiente al mes de setiembre del presente año.

*Araucano*, Santiago, imprenta Nacional; desde el núm. 2,875 hasta el 2,888.

*Constituyente*, Copiapó, imprenta de la Union; desde el núm. 1,102 hasta el 1,109.

*Copiapino*, Copiapó, imprenta del Copiapino; desde el núm. 4,617 hasta el núm. 4,621.